



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



D E D I C A D O A L A H I S P A N I D A D

El Día de la Fiesta de la Raza del próximo año será inaugurado en Jerez de los Caballeros el monumento a Núñez de Balboa

LA MAQUETA HA SIDO EXPUESTA EN EL CONSEJO DE LA HISPANIDAD

SON AUTORES DEL PROYECTO LOS SEÑORES FEDUCHI Y PEREZ COMENDADOR

EN los salones del Consejo de la Hispanidad ha sido expuesta la maqueta del monumento que será erigido a Vasco Núñez de Balboa en Jerez de los Caballeros, su pueblo natal. Por fin, a la distancia de más de cuatrocientos años, el valeroso e intrépido navegante que descubriera para España y para el mundo civilizado el más extenso de los mares y abriera a la navegación las más insospechadas rutas y los más dilatados horizontes, facilitando a la Corona de Castilla el descubrimiento de nuevas tierras que incorporar a su poderoso Im-

Año I - Madrid, 11 octubre 1942 - Núm. 41



HISPANIDAD

Portada, de Tauler. (De un tapiz del Servicio de Artesanía para el Consejo de la Hispanidad.)

El Día de la Fiesta de la Raza del próximo año será inaugurada en Jerez de los Caballeros el monumento a Núñez de Balboa, por I. P. Pág. 2. Unas cuartillas del excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana. Pág. 3.

El primer día en Buenos Aires, por Eugenio Montes. Pág. 3.

Cuartillas de los embajadores, ministros o encargados de las Repúblicas americanas: Chile, Perú, Nicaragua, El Salvador, Dominicana, Guatemala, Venezuela, Cuba, Bolivia y Colombia. Págs. 3, 4, 5, 6 y 7.

La España raceadora, por Giménez Caballero. Pág. 7.

La vida literaria en Chile, por Germán Vergara. Pág. 8.

Un ser común, por Xavier de Echarri. Página 9.

Salta, escenario del primer Congreso de Cultura Hispanoamericana, por Santos Alcocer. Pág. 10.

El Acuerdo cultural entre España y la Argentina, por I. Palazón. Página 11.

La suerte de las tierras colombianas, por Agustín del Río Cisneros. Página 12.

El México de hoy, por Javier M. de Bedoya. Pág. 13.

12 de Octubre de 1492, por Juan Carlos de Goyeneche. Pág. 14.

Al indiano sin nombre, por Víctor de la Serna. Pág. 14.

En el balcón de la casa natal de Garcilaso el Inca, por Pedro Mourlane Michelena. Pág. 15.

Un siglo de pintura peruana, por el marqués de Lozoya. Pág. 16.

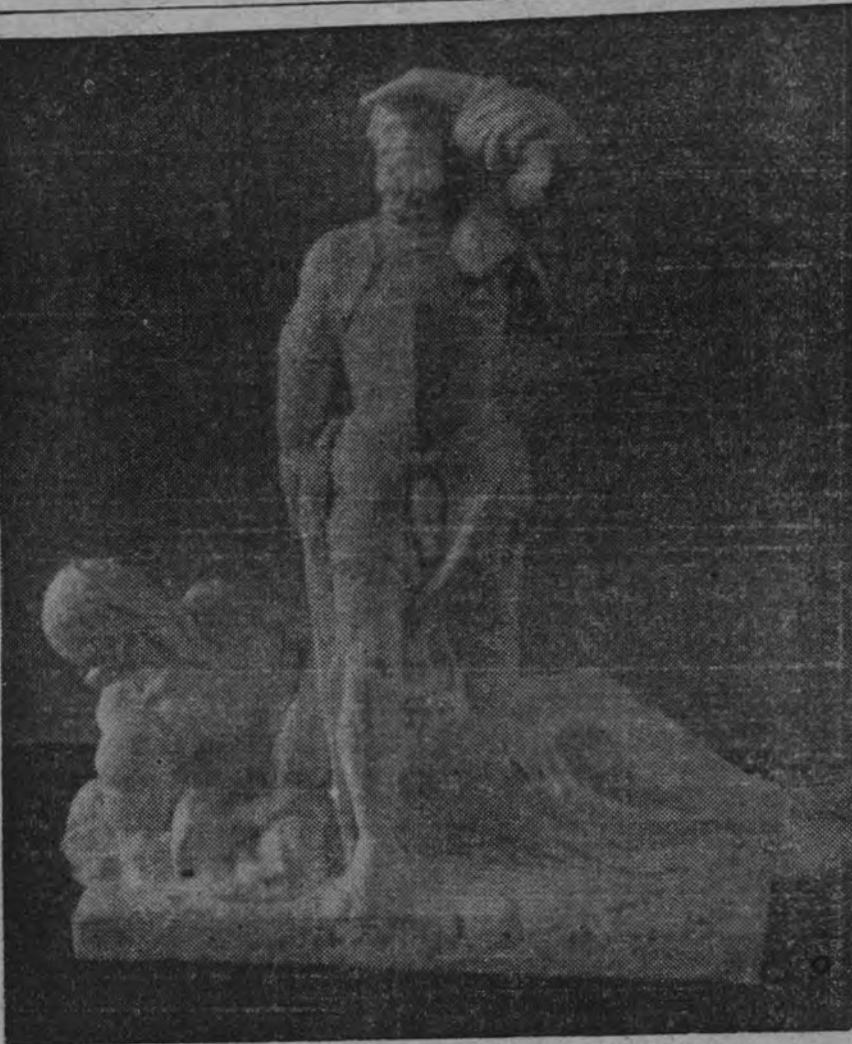
«Conquista espiritual», por M. Ballesteros Gairolis. Pág. 17.

Nostalgia de América, por Gabriel García Espina. Pág. 18.

La embajada del cardenal Benlloch, por Eugenio Suárez. Pág. 19.

Los albores de la Prensa en el Río de la Plata, por Edgardo Ayuso. P. 20.

Dibujos y viñetas de Tauler, Egula, Berny, Segura y Gabriel.



Monumento de Núñez de Balboa, por Pérez Comendador

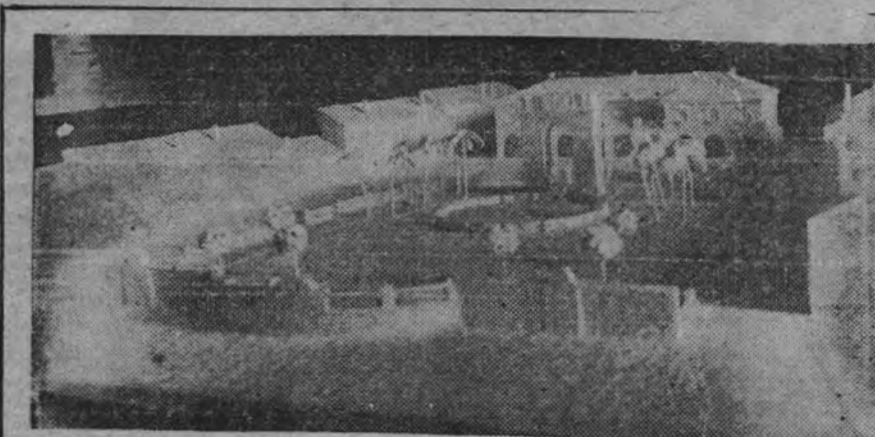
perio, tendrá en el pueblo donde naciera un monumento que perpetuará en piedra y bronce su inmarcesible gloria. Con este acto queda reparado el injusto olvido en que España le tenía; olvido que ha sido frecuente en nuestro país, que se ha prodigado en multitud de ocasiones, sin que en ello hubiera un propósito deliberado, y quien sabe si por la única e importante razón de que hemos tenido demasiados sabios, demasiados héroes y descubridores a quien honrar. La vieja deuda quedará, pues, saldada, y el pueblecito de Extremadura donde viera la luz por primera vez el insigne guerrero, después de los brillantes actos de la inauguración, volverá a su tranquila y apacible vida con la satisfacción del deber cumplido con el más predilecto e ilustre de sus hijos.

EL ACUERDO DEL AYUNTAMIENTO DE JEREZ DE LOS CABALLEROS

La idea de erigir un monumento a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, surgió en el seno del propio Ayuntamiento de la localidad. Aprobada por unanimidad y contando con la aprobación

de la totalidad de la población, se constituyó una Comisión de honor, integrada por diversas autoridades locales y provinciales, encargada de realizar las gestiones oportunas para conseguir que el proyecto se llevara a cabo.

La Comisión se trasladó a Madrid en viaje oficial, entrevistándose con el Canciller del Consejo de la Hispanidad, de quien solicitó que dicho organismo patrocinara el proyecto. La propuesta fue inmediatamente aceptada, ofreciéndose el Consejo de la Hispanidad a apoyar decididamente la iniciativa. Al tratarse de la elección de los artistas que habrían de llevar a cabo la obra, el propio Consejo propuso que se designara al arquitecto camarada Luis Feduchi, el cual se encargaría de realizar las obras precisas de reforma de la plaza del pueblo en que el monumento será levantado. En cuanto al escultor, la Comisión expuso que vería con satisfacción que fuera de la propia región extremeña. El Sr. Pérez Comendador, que se encontraba en este caso y que, además, ofrecía las máximas garantías en el aspecto artístico, fué el escultor nombrado



Maqueta de la plaza de Jerez de los Caballeros, proyectada por Luis M. Feduchi

para modelar la estatua y construir el monumento.

LABOR PRELIMINAR.—MEDIOS ECONOMICOS

Para levantar el monumento, la Comisión ofreció una plaza de la localidad. Apenas designados, los Sres. Feduchi y Pérez Comendador se trasladaron a Jerez de los Caballeros con objeto de ambientarse y hacer los estudios preliminares. Allí mismo fué elegida la piedra con que la obra habría de ser construida, cuyas canchales se encuentran en las proximidades de la población. Los Sres. Feduchi y Pérez Comendador realizaron el proyecto, y tomados las notas y apuntes que precisaban, regresaron a Madrid, comenzando a trabajar en los bocetos.

Para contribuir a los gastos que origina la construcción de la obra el Ayuntamiento señaló en los presupuestos del presente año la cantidad de 200.000 pesetas, e idéntica cantidad reservará en los del próximo ejercicio. Aparte de esta cantidad, se espera una importante aportación de la Diputación de Badajoz, habiendo ofrecido también su ayuda económica el ministro de Asuntos Exteriores, diversas entidades oficiales y alguna República americana. El costo del monumento se calcula que será de un millón de pesetas, aproximadamente. En caso de que esta suma no fuera cubierta con la cantidad fijada por el Ayuntamiento y las restantes aportaciones, sería completada con el producto de una suscripción popular en toda la provincia.

CARACTERISTICAS DEL MONUMENTO

En el proyecto se ha estimado que la obra no debe ser excesivamente monumental, con el fin de que la plaza, que forma parte del conjunto total, no se despegue demasiado de las edificaciones contiguas. La maqueta, expuesta en el Consejo de la Hispanidad, es la mejor prueba del acierto que ha presidido tanto en la elección de los temas como en el estilo.

El monumento ha sido concebido arquitectónicamente con arreglo a los estilos clásicos, con influencias americanas y locales. Se compone de un arco de tipo romano y delante la estatua de Núñez de Balboa en el momento de entrar en el Pacífico para tomar posesión de él en nombre de España. El mar ha sido representado simbólicamente por la figura de un viejo venerable y alegórico de caracoles y delfines. El descubridor, semienterrado en los pliegues de la bandera de Castilla, toca el agua con su espada, y la mano colocada en la frente, en forma de visera, da la sensación de contemplar la inmensa y dilatada extensión del Mar del Sur. A ambos lados del arco romano corre una decoración vertical con bajorelieves que representan a América por una parte y a Extremadura por otra. Frente al monumento hay un estanque de simbiosis barroca y un jardín en el que crecerán palmeras y naranjos, plantas que sin querer traen a la memoria el recuerdo de la vegetación de las lejanas tierras en que el descubridor viviera tan fecunda y azarosa vida. El cierre que figura en la parte opuesta al monumento compone con los jardines dos nichos de arquitectura popular, en los que irán las figuras de la Fundación y del Gobierno. Detrás del monumento, y para regularizar la armonía de la plaza, se construirá un grupo de viviendas de estilo local, que servirá de normas para los restantes edificios de la plaza, que, según unas ordenanzas dictadas por el Ayuntamiento, serán reconstruidas para lograr que estén a tono con todo el conjunto.

El arco monumental y los elementos arquitectónicos serán contruidos con piedra de Alconera y las figuras modeladas en bronce.

La maqueta ha merecido los mayores elogios de las autoridades y personalidades que han visitado la exposición, y los señores Feduchi y Pérez Comendador han recibido calurosas felicitaciones por la belleza y armonía del proyecto presentado.

Las obras comenzarán inmediatamente, y es casi seguro que el monumento se inaugure el próximo año con motivo de la Fiesta de la Raza, en un solemne acto presidido por altas jerarquías del Estado y representaciones de los países hispanoamericanos.

I. P.

CAMPANAS ARGENTINAS

Mi primer día en Buenos Aires

Por EUGENIO MONTES

ME lo habían dicho muchas veces: que la Argentina ya no era hispánica, que su espíritu, su carácter, sus costumbres no tenían la menor semejanza con lo español, que allí uno de nosotros se sentía extranjero, que el idioma mismo estaba tan alejado del verbo de Castilla, que apenas podía entenderse, y en realidad era otra lengua. Sí, me habían dicho todo esto y no sé cuántas cosas más, a las que había o puesto siempre mi más absoluta incredulidad, o lo que es igual, y para expresarme por derecho, mi más apasionada fe de emigrante, nacido en un húmedo valle de Galicia, habituado a oír desde niño, imperiosa e irresistible, la llamada de la pampa de tierra tras la pampa del mar. Y esa fe apriorística recibió experimentalmente confirmación decisiva desde el momento mismo en que, hace ahora cinco años, cumpliendo mi obligación y mi vocación de gallego, amanecía ante el puerto de Buenos Aires.

Yo estaba todavía en la borda, y las voces de saludo saltaban como escalas impacientes hasta el barandal. Voces queridas, conocidas desde la infancia, compañeras del colegio, de las declinaciones en el Instituto, de los juegos lejanos en el jardín de Posío, de las tardes en la alameda junto a la barranquera del Barbaña, de los magostos el día de San Martiño en Montealegre, de las ecuaciones de primer grado en día de examen de Álgebra y Trigonometría, o bien de los mercados de Bande, de los castiñeiros de la feria y las romerías estivales de Sarreaus, en la Clamadaira, en Lo-beira, con cohetes de tres estallidos, muñeira, pulpo, donaires de ciegos pillos al son de un violín sin tripas o de la zanfona céltica. Pero no, no eran sonos de instrumentos portátiles los que en realidad oía, sino como remotas en las auras, pero irrecusables y ciertas en nieblas de añoranza, todas las campanas de Orense perdidas en el recuerdo y entonces encontradas: la Trinidad avisando que en Vilela morreu unho velha, Santa María Mayor poniéndose palideces y lutos con mantos de llovizna arrastrando

sus colas por la mojada plazuela, Santa Eufemia, con acento de virgen y con sangre de mártir, rodando, tronchada por la espada del viento, la catedral, con su latín románico como un verso de Venancio Fortunato, y disipando brumas, con bullicio y luz del domingo, vestida de traje nuevo y parque soleado, San Francisco, con contrapunto de zuecos campesinos de lecheras y toques de dianas de soldados.

Se anudaban las amarras, los aduaneros requerían papeles y equipajes, piden los sanitarios certificados de vacuna, salta el primer pasajero, impaciente, al muelle, a tierra, abrazos, bienvenidas, los ojos, sucios de alba y de sueño, lanzan rebaños de miradas, de preguntas a la pampa prometida. Buenos Aires está a ras de campo y de río para que el emigrante no se quede en la ciudad y la cruce, camino al trigal, a la vaca y la oveja que le aguar-

dan. No, nada de factoría ni de almacén; urbe plena, pero ocultándose en pudores, humillándose en recatos, queriendo desnudarse de apariencias, de galas y atractivos, para no retener en tentaciones y dejar que se humanice y se pueble el vasto territorio interior, la llanura sin confines que el silencio planetario y la soledad habitan. Las casas porteñas renuncian a tener pisos, al tercero izquierda y al segundo derecha, para conservar siempre vivo el sentido de su origen pastoril y campesino. No se aprietan en plazas para dilatarse por el llano. Literalmente pacen la hierba pampara, sueltas y distantes por los horizontes nutricios. Las calles son veredas con nostalgia de lo verde, caminos de mesta que contradicen las aceras. Lo voy notando conforme me dirijo a la misa de los Benedictinos, entre Paco Luis Bernáldez y Juan Carlos Goyene-

che. Paco Luis es toda mi mocedad literaria: los años de Universidad, metáforas discutidas y compartidas, largos paseos nocturnos, Alcalá arriba, abajo, soportales de Orense, rúas compostelaras, versos de Apollinaire mojados de lluvia, la cuesta de su Dacón enjuagada de ensueños, olor de algas en Vigo, el primer libro bisoño, las primeras confidencias sobre un balcón y una novia. Juan Carlos es el aliado, el cómplice de ideas teológicas y políticas, que prepara y realiza empresas en común con el afán que llega, antes de verle el rostro. Cuando aún no me conocía personalmente, el barco navegando y la noticia de mi viaje en el periódico, ya me había organizado espontáneamente, con fechas puntuales, conferencias universitarias, cursos y discursos. La voz de Paco Luis me lleva a la morriña, a conversaciones de antaño, camino de Maside a Carballiño: *filosophia duce regredimur*, como dice allá en Padua el epitafio de no sé que averroísta. La voz de Goyeneche me empuja, a tirones, a la esperanza, a la acción política por el futuro de nuestras dos patrias concordes en el ámbito de la hispanidad y en la misión universal que el porvenir exige: *vita duce progredimur*, y que Cicerón me perdone este latín arbitrario. Pero cuando hablan entre sí esas dos voces suenan como una sola, indistinta y matizada, ancha de perspectivas, desde orillas que no se dejan ver, que se pierden, se encuentran a lo lejos. Un solo acento ondula y se alarga sobre sus palabras, como la hierba de la pampa bajo la mano de la brisa. Suena la campana de los Benedictinos sobre el pabique vago, y su tono se enlaza en mí con el coral de las torres de Orense que aún repican en mi añoranza. ¿Dónde acaban las voces y comienzan los ecos? ¿Dónde acaba España y comienza la Argentina? ¿Quién le pone puertas al campo y al canto, al mar, a la memoria, al anhelo, a la pampa? Campanas españolas, las del bautizo y la cuna. Campanas argentinas, que apadriñan linajes. Voces distintas y un solo aire verdadero: Nuestra Señora del Buen Aire.

Unas cuartillas del excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores

EL verdadero significado del Día de la Raza es para los hispanoamericanos un recuerdo de la labor gigantesca realizada por España en aquel Continente, y para los españoles hay que buscarlo en la idea de la honda satisfacción, del fraternal orgullo con que vemos que países que al llegar a su mayoría de edad decidieron lanzarse a hacer su propio camino en la vida, se sientan cada vez más robustos y fuertes, tengan cada vez más acusada su personalidad propia dentro de los rasgos familiares comunes, y, celosos de su independencia, como lo han sido siempre los de nuestra estirpe, afirmen cada día que pasa con más vigor sus características individuales. El deseo más vivo de España es ver que los países de nuestro idioma vivan en la compenetración más íntima y en la más perfecta unión.

Hay en España un despertar profundo, una nueva ebullición espiritual en las juventudes de hoy, que se han propuesto elevar a nuestra Patria al nivel que tuvo anteriormente, y colocarla en el mismo rango que en aquel Siglo de Oro que asombró al mundo: en el orden del trabajo, en la esfera cultural, en el terreno científico, en la producción industrial, etc. España se eleva de día en día a un nivel no alcanzado desde aquellos gloriosos días en que nuestros políticos, nuestros hombres de ciencia, nuestros filósofos, nuestros misioneros, daban normas de pensar y de vivir a la Humanidad. En aquella unión y compenetración de dichos países, seguros de su fuerza y de su independencia, y en este despertar de España, pueden fundarse las más ciertas esperanzas de grandes empresas futuras, que hemos de realizar sobre la Tierra todos los que hablamos el claro y dulce idioma de Castilla.

FRANCISCO GÓMEZ JORDANA

Actualidad e hispanidad

Por HERNAN FIGUEROA A.

(Embajador de Chile)



SI por tradición y amor la Hispanidad ha tenido siempre una existencia real, más o menos oculta, más o menos difundida, según las épocas, en la actual la idea de Hispanidad representa un anhelo al que debe rendirse culto y reforzar sus bases de modo que resista las inevitables contingencias del agitado vivir de hoy.

Los hechos en que se funda el espíritu de Hispanidad pueden desafiar los embates del futuro, como han desafiado y vencido los de los siglos pasados. Pero eso no basta. Es preciso darles efectividad, hacer que ese anhelo se transforme en programa de acción y que éste se realice. Debemos huir del tópico hispanista, es verdad; pero es también necesario hablar de Hispanidad, como son necesarias las palabras de amor para conservar el amor mismo y darle cada día nueva vida y fuerza.

Aplaudo por eso el número especial que SI dedica a la Fiesta de la Hispanidad. En él se juntan las palabras, expresión de ideas, y el programa de acción, anhelo de realidades próximas.

En la efemérides del 12 de octubre

Por PEDRO IRIGOYEN

(Embajador del Perú)



ME es muy grato acceder a la solicitud de SI, que mucho me halaga y agradezco, y hacer en esta efemérides, la más gloriosa de cuantas deben conmemorarse, público testimonio, en nombre de mi país, el Perú, de nuestra adhesión espiritual de siempre y para siempre a la Madre Patria.

El 12 de Octubre de 1492—se cumplen exactamente cuatro y media centurias—empezábamos a nacer al catolicismo y a la civilización europea las Indias Occidentales. Poco tiempo antes había nacido también la España verdadera, la de Isabel y Fernando, y toda nuestra América fué la flor temprana, el fruto bendito de las bodas de Castilla y Aragón. Este día, que viene llamándose el de la Fiesta de la Raza, para mí ha sido desde mozo, con una clasificación que me pareció más precisa, el día de la Fiesta de la Religión y del Idioma de todos los pueblos que rezan a Dios en español. No está, ciertamente, vacía de contenido la voz raza, sobre todo si se atiende a una pluralidad de razas unidas en un ideal común; pero se me antoja vaga, no bastante concreta, pues que si nuestra América puede llamarse latina es sólo pensando en el vínculo católico romano que, por obra de España, nos juntó bajo el signo de la cruz victoriosa de Constantino y con la cifra de un idioma que es la unidad tonal y la expresión de nuestro fervor, de nuestro sentimiento y de nuestra manera de ser.

Lejos de toda inquietud racista, pero fieles a la nacionalidad particular de cada Estado, nuestra América es un grupo de países hermanos e independientes, unidos por una creencia y un lenguaje. La independencia que obtuvimos en la mayoría de edad, "por la justicia de nuestra causa, que Dios defendía", y por madurez y azón de nuestros pueblos, significó que nos sacudíamos la tutela, pero de ninguna manera que olvidáramos el amor a la Madre nutricia; y así la Hispanidad es el nexo que a todos nos religa en la fe al Dios verdadero y humano, que vino a sustituir con la luz de la verdad el deslumbramiento idólatra de nuestras viejas teogonías. Y ésta es la razón—la más grande de todas—del corazón iluminado, que, por encima de lo temporal y pasajero y de cambiantes vicisitudes circunstanciales, permanecerá siempre como esencial y eterna. En su nombre hemos de hacer votos, ajenos a una retórica que ya se produjo en demasía, para que el vínculo espiritual sea firme, por esfuerzo recíproco y por doble iniciativa, con lazos materiales y terrenos, más prácticos y más estrechos cada día, entre la España de Dios, Madre de pueblos, y "los espíritus fraternos, el coro de vástagos altos, robustos y fuertes", de que hablaba el poeta, orgulloso de su "hispana progenie".

NICARAGUA



EN este glorioso día, Fiesta de la Raza, ¿qué he de decir yo, un hijo de América, a mis queridos hermanos españoles, sobre el tema de la Hispanidad? Si os digo que he vivido durante los mejores años de mi juventud en España, y que mi educación ha sido netamente española, sobran las palabras, porque mi corazón palpita de emoción al oír el dulce y querido nombre de España. ¿Qué canto puedo, pues, dedicar a este Día de la Hispanidad que no resulte pálido ante lo que pienso y siento de la Madre Patria? ¿Y qué podría añadir a lo que dijo de esta España grande, fecunda e inmortal el poeta divino de la poesía Hispanoamericana y gran cantor de la Hispanidad, nuestro Rubén Darío?

Todo es poco lo que pueda yo exponer en estas líneas para esta noble y grande tierra, mi segunda Patria. En este Día de la Raza le digo: "Madre España", y le ofrezco amor, mucho amor.

ERNESTO SELVA SANDOVAL

(Ministro Encargado de Negocios de Nicaragua)

COLOMBIA



HA sido una gran ventaja para el estrechamiento de los vínculos de amistad entre España y las Repúblicas de la América Española el hecho de que el Gobierno español haya podido conservar la neutralidad del país en el actual conflicto. Esta actitud no sólo ha hecho posible el desarrollo normal de las relaciones diplomáticas entre la Madre Patria y las naciones hispanas de América, cualquiera que sea su posición en la contienda, sino la intensificación de ellas, tanto en el plano espiritual como en el económico. Los acuerdos, cultural y comercial, con la República Argentina, y el arreglo de comercio con los Estados Unidos de Venezuela, firmados en los últimos dos meses, demuestran que esta política está pasando, felizmente, del terreno de las declaraciones retóricas al de los hechos tangibles. También el Gobierno de Colombia espera llevar pronto a feliz término una negociación que le permita reanudar su intercambio comercial con España.

Basada en el respeto mutuo y en el postulado de la no intervención en los asuntos internos privativos de cada país—que es uno de los fundamentos de lo que pudiera llamarse el Derecho Internacional Hispanoamericano—, la política de acercamiento entre los países de origen ibérico pueden constituir en la futura organización del mundo una fuerza capaz de realizar una labor trascendental, guiada por los principios de la civilización cristiana y católica y del derecho de gentes—también de muy clara prosapia española—en que los Estados iberoamericanos han querido inspirar siempre su política exterior.

Francisco UMANA BERNAL

(Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en España)

La eterna pujanza española



CONCIBO la Hispanidad, antes que nada, como un magnífico hecho real, con tanta raigambre en el pasado como consistencia en el presente. Su presencia, como su espíritu, quedan fuera de toda discusión. Hay un mundo hispánico, claramente determinado, del mismo modo que existen un mundo islámico o un mundo anglosajón.

Este mundo, sin embargo, bien que uniforme en lo básico, es vario en su expresión. Las nacionalidades que lo integran, salvadas las genéricas analogías, guardan entre sí diferencias que se acusan en la situación geográfica, en la composición étnica o en la formación institucional. Ello apareja, indudablemente, la obligación de enfocar los problemas del grupo hispánico de naciones atendiendo a las peculiaridades de cada una de ellas.

El hispanoamericanismo, o sease la expresión activa de la Hispanidad —la fuerza viva que ha de establecer los contactos, salvar las diferencias y conservar las afinidades—, ha de inspirarse en esta situación de hecho. Repartido en cuatro Continentes, el mundo hispánico, por múltiple, ha de contemplar circunstancias diversas. Así como España, la Nación progenitora, no puede olvidar su situación europea ni sus vinculaciones africanas, las naciones hispanoamericanas precisan asimismo tener en cuenta los problemas privativos del Nuevo Mundo, entidad homogénea con intereses comunes y fisonomía propia.

El específico carácter de esta diversidad señala con más fuerza la urgencia de la tarea hispanoamericanista. Ni los tiempos ni las circunstancias, aunque azarosas para el mundo y para muchos de los pueblos de la Hispanidad, empecen su perentoriedad ni aminoran la obligación de consagrarle el esfuerzo que sea compatible con el momento.

Si los objetivos son múltiples y de vastos alcances, algunos, como los de orden cultural, pueden abordarse en todo tiempo. En este aspecto los hispanoamericanos hemos de ver con admirativa simpatía la ingente labor que el Nuevo Estado español lleva realizada, en medio de inmensas dificultades y aun abiertas las heridas de una guerra civil cruenta y dilatada. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas—a través de su Instituto Americanista—, el Consejo de la Hispanidad, las Academias, el Archivo General de Indias y otras instituciones similares, han laborado sin descanso en el estudio y conocimiento de los temas americanos, haciendo una aportación de tan alto alcance, que difícilmente puede parangonarse con otras realizadas en igual tiempo de épocas normales. Una nación que ha de considerar pequeño todo esfuerzo consagrado a reponerse de gravísimos quebrantos y que aun tiene holgura para consagrar su actividad al examen de temas aparentemente desligados de sus problemas actuales da muestras alentadoras de su pujanza intrínseca y de su elevación espiritual.

Nada, pues, en mejor homenaje a la Madre Patria en este glorioso aniversario que recordar, al lado de los imborrables hechos pretéritos—razón y fundamento de todo un mundo—, su considerable labor presente, índice de su poderío actual y de su esperanzado futuro.

Antonio ALVAREZ VIDAURRE

(Enviado Extraordinario y Ministro
Plenipotenciario de la República de
El Salvador en España.)

DOMINICANA



NINGUN pecho de nación puede ensancharse de tan noble orgullo como el pecho de la Madre España, ni vientre alguno de hembra ufanarse de haber dado a la vida frutos de civilización tan espléndidos como los plantados por España a todo lo largo de la tierra, de la Historia y del tiempo.

Cuando otras naciones envolvían los frutos enfermos de sus conquistas en harapos de esclavitud, de expoliación y de miseria, España ponía la riqueza de su carne, de su sangre y de su espiritualidad en el cuerpo tostado de América, y la iniciaba en el culto de las virtudes heroicas que habrían de conducirla a la posesión del más alto símbolo, que es la bandera propia.

Y he aquí que donde civilizaciones injustas mantienen aún, con denominaciones pomposas, formas casi rudimentarias de secular esclavitud, allí los pueblos de origen hispánico levantan la estructura de una libertad que es el mejor exponente de cómo España, la Nación madre de naciones, los adiestró en el manejo de sus propias armas y les reveló el secreto de la victoria para toda alta empresa de dignidad y de heroísmo.

Emilio A. MOREL

(Ministro de la República Dominicana.)

GUATEMALA



TODO lo que tienda a estimular y fortalecer los familiares vínculos existentes entre la Madre Patria e Hispanoamérica; todo cuanto represente reanudación ponderada de las corrientes del espíritu superior que inspiró la gesta inmortal de España en el Nuevo Mundo, a cuyo influjo nació un conjunto de naciones que constituyen una latente esperanza para mañana, y, en fin, todo cuanto dentro de la universalidad vigorizada del genio creador entrañe la perpetuidad del espíritu hispánico, junto a las singularizaciones propias o nacionales, impuestas por espacio y tiempo, de todas y cada una de las naciones hispanoamericanas, para que haya verdadera solidaridad, todo esto entendemos por Hispanidad.

Antonio NAJERA CABRERA

(Ministro de Guatemala.)

VENEZUELA



PERTENECE, en parte, al azar el descubrir tierras, encontrar islas: anhelo trashumante, comprobar leyendas; empuje de vida que va más allá de los horizontes por los caminos del mar. En la conquista, el arrojo—biológica explosión y expansión de unos hombres o de una raza, por nomadismo o rapiña—hace sentir a otros, inferiores o técnica-mente menos preparados, el terrible peso de la espada de Breno en la balanza de la impecable pero mudable justicia humana. Se coloniza por interés o por misión: paternalmente o con dureza, a pueblos en etapas primeras, se enseñan pautas de explotación de la naturaleza, intercambio de productos, valorización de tierras.

La Historia de la Humanidad se ha hecho así, de viajes de Argonautas, conquistas de Roma, colonizaciones cartaginesas o helénicas: de lo cual ha quedado, sobre todo, el resultado material, las tierras encontradas, relaciones de pueblos; Cartago y Marsellas. Pero hay solución de continuidad completa entre el acto primogénito y la sucesiva existencia, roto, deshecho el nexo espiritual entre los hombres creadores de esos hechos y el resultado de las gestas.

Sólo en la Historia existe una raza, un pueblo cuya obra de descubrimiento, de conquista y de colonia, tiene realidad y prestancia de humana continuidad, marca de eternidad; vencedora del espacio y del tiempo, se proyecta hasta el finito de la existencia de la tierra, y por soplo paráclito que la inspiró y acompañó, vencedora, también, del infinito divino, en proyección de almas. España, sola, por haber descubierto en misión de espíritu: genio científico de Colón, buscando acortar rutas, comprobar la redondez de la tierra; genio político de Isabel, su don de proselitismo apostólico; empeño de hallar, de llevar almas para el rebaño del Pastor. Los descubridores partidos de Moguer, vestidos van de la más alta dignidad humana: la intelectual; de la más pura, de la más sagrada: propagadores de la Fe.

El choque de armas fué terrible; magnífico el arrojo de puñados de hombres logrando dominar Imperios deslumbrantes y originalísimos, tribus heroicas. Corrió sangre, mucha sangre, y la tierra del Nuevo Mundo se abrevó de ella, conjuntamente sangre de conquistadores y de conquistados, produciéndose, en milagro de alquimia, síntesis biológica marcada con hispánicas características. La conquista española no fué sólo dominación del fuerte, hegemonía tiránica del triunfador, sino, también, comunión de seres, cristiana hermandad, reconocimiento de la dignidad de todo hombre. Con el indio de América continuóse la obra de asimilación creadora que con el morisco de la Península se había realizado. Así a aquellas tierras dió España su Sangre.

Colonizó también en esfuerzo de propia continuación; legisló, adaptando usos y costumbres peninsulares: Cabildos, organizaciones eclesiásticas, Fueros. Las dolorosas destrucciones de la Conquista se reparaban, en parte, construyendo ciudades hermosas, faustos Virreynatos, Capitánías Generales y Presidencias. Y lo que la Fe inspiró y la Sangre realizó, fué completado, consagrado por la Lengua. El Verbo de Castilla dió al espíritu de las nuevas sociedades su sello y expresión. Naciones jóvenes con legítimo orgullo de prosapia y de los propios empeños, en actividades magníficas, intelectuales, artísticas, económicas, son prolongación, Hispania trasatlántica, de la mediterránea Hispania.

Cumplieron hombres de la Ibérica península, los hombres del Romancero y de la Reconquista, antiguas milenarias profecías, la de Platón y las del Evangelio: descubrieron, tomaron posesión, en espíritu y en carne, de la Atlántida; en los Antípodas elevaron la Cruz, y su Verbo resonó en los cuatro puntos cardinales de un Mundo cuya redondez comprobaron. Como lema de Carlos I, en tierras vernáculamente españolas no se pone el Sol.

A. ZEREGA-FOMBONA
(Ministro de Venezuela)

BOLIVIA



NO ignoran mis amigos españoles en tierras de América que algo hice por esta *Hispanidad*. Entonces tal concepto no había merecido aún el puntal de los altos empeños oficiales.

Por exaltarla recorrí, en ejercicios meditativos y esforzados, los épicos derroteros de la conquista. Desde la Isla del Gallo hasta el Cuzco, desde las punas calchaquies hasta la ensenada en que Núñez de Balboa tremoló a España en el soberbio gonfalon aventurero. O, ensimismado en la fascinación del pensamiento español (Eibar sobre Toledo), loé y esparcí donde pude y como pude sus maravillosas florecencias. Armas y Letras españolas. Ya el insigne Manco ensalzó su maridaje.

Pero, hombre de América, de aquella Charcas de Peransúrez; de Potosí, la Villa amada por el César Carlos V, y cuya mole de plata, columna y sostén del esplendor imperial, tuvo cabal elogio en la divisa que le concedió Felipe II:

*Cesaris potentia
pro rexis prudentia*

*iste excelsus mons et argenteus
orbem debelare universum;*

o de La Paz, en donde el Príncipe de los Ingenios del Mundo quiso que retoñase el brazo mutilado en la quietud del lejano Corregimiento; buen boliviano, digo, exalté al mismo tiempo la grandeza de esa América nuestra, de esa que un día será refugio y pan y panacea para la Humanidad.

En mi espíritu conciertan, pues, esos dos amorosos sentimientos. En ellos afirmo mi *Hispanidad*.

Creo en el luminoso destino de España, Madre Nuestra, como creo en el de los pueblos de América, todos libres, fraternos, generosos y justicieros. Requerimos, sí, un nexo efectivo: *el mutuo conocimiento*. Pero pleno y pronto. En el campo de las posibilidades económicas y en el de las cosas del alma. En cuanto a éstas, ya sabéis que el paladín manchego sigue galopando al contraluz por las vastas llanuras americanas.

A Dios gracias, ya está la obra comenzada. Que la *Cátedra y el Periodismo* la animen desde aquí. Que se ponga en ello tesón castellano. Que quiere decir nobleza y reciedumbre. Al otro lado sobran comprensión, hidalguía y pasión. Pasión americana: ardientia y vigor intacto.

Y, en resumen: *Cátedras de España en América. Cátedras de América en España.*

LIRA GIRON
(Ministro de Bolivia)

CUBA



CUANDO se llegue, al fin, a comprender, sin eufemismos ni reservas mentales, el verdadero y trascendente significado de la palabra HISPANIDAD y a sentirla muy hondo dentro del corazón, podrá la raza hispana afrontar tranquila el porvenir, y todos sus hijos, sin distinción de continentes, noblemente orgullosos de su preclara estirpe, seguir las huellas luminosas de los que supieron glorificarla.

Dr. Francisco DE ARCE
(Encargado de Negocios de Cuba.)

LA ESPAÑA RACEADORA

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

I.—TECNICA Y CORAZON O EL ORIGEN DE AMERICA

«Suxerunt mea litteraria ubera principes Castellae fere omnes.»

ESTA afirmación de nodriza literaria, atribuida a Pedro Mártir de Angleria, debió ya orientarnos para casar el viejo pleito. También el memorable verso de la «Razón de Amor»:

Moré mucho en Lombardia por aprender cortesía.

También la vanidad de Nebrija cuando tornó de humanizarse en Italia.

En un sustancioso artículo «Sobre el Renacimiento en Castilla», publicado en el número 1 (enero-abril 1925) del «Archivo Español de Arte y Arqueología», también decía su autor: «El pueblo español, hecho a la guerra, tenía que vencer en el campo de las aventuras; pero menos en cuanto significase trabajo, depuración, artes, ciencias.» (Pág. 2).

Desde el siglo XIV—1332-1384—apunta en Castilla la soberanía espiritual de Italia. Comienzan las versiones del Dante, de Guido della Colonna y de Boccaccio.

En 1428 la reina María de Aragón se dedica a proteger a los sicilianos.

En 1486 el marqués de Santillana vuelve de Nápoles, de Roma: cargado de laurel, fundador Italiae pacis et honoris y con la música del endecasílabo en la valija.

Sevilla, Cádiz, están desde principios del Cuatrocientos interpojadas de población italiana. Armadores y mercaderes de las mejores casas genovesas y florentinas—como la de Lorenzo di Piero Francesco de Médicis—han instalado sus sucursales en estas factorías de remota historia y de porvenir económico indudable. Juanoto Berardi es el naviero de más fuste de fines del siglo XV. Con él se entienden los reyes de España para las empresas de mar un poco altas. El financiero de confianza, Pinelo, es también de origen italiano. Colón dice que venía de Fontanarrosa. Américo Vespucio, de la villa del Arno.

Desde el siglo XVI los españoles se tornan con violencia y desdén hacia Vespucio.

La campaña antivespuciana comienza con el padre Las Casas en su memorable «Historia» (1552). Luego la acentúa Herrera en sus «Décadas» (1601). Y Servet y Pedro Simón. En los siglos XVIII y XIX Juan Bautista Muñoz y Martín Fernández de Navarrete la prosiguen. Hoy todavía D. S. de Ispizua («Los vascos en América», V. IV) llama corajudamente a Vespucio impostor. Y es notable la campaña antivespuciana del amigo Rittiggen.

Nosotros mismos, sin querer, también nos sentimos mezclados en esta marejada odiosa y antipatizamos con el buen Américo. ¿Por qué?

¿Es todo por defender a Colón? ¿Por sacar incólume al Almirante de la Mar Océana sobre la figura del Piloto mayor de las Españas, Américo Vespucio? Yo creo que no. Bien es verdad que muchos extranjeros se han adherido—por puro desinterés justificativo a la campaña antivespuciana—en contra y en pro. Tiraboschi, Robertson, Irving, Major, Marcou, Santarém, Markham, en contra.

Mártir, Baudini, Canovai, Humboldt, Varnhagen, Fiske, Harris, Usieli, Thacher y Vignaud, en pro. (Entre nosotros—digámoslo sin interrumpir el discurso—Gómara.)

Pero los españoles, ¿por qué poner esa pasión en discriminar los dos perfiles, los dos valores? ¿No debíamos seguir esa polémica no más que con una mirada serena, vagamente melancólica?

La razón honda que yo creo encontrar en nuestro apasionamiento por esta dualidad, Colón-Américo, es la de que estimamos la españolidad de Colón más densa, más cercana que la de Vespucio. Venos a Vespucio más italiano que Colón. Y, por consiguiente... Y, por consiguiente, mucho más la genialidad de haber descubierto América, nuestra.

Pero es la hora de repartir a cada cual sus órganos. A Italia, la ciencia. A España, la voluntad. A Italia, la técnica y el intelecto. A españoles, el azar, los riñones, el corazón.

La indagación y trova de América, se compone de esta bandera tricolor, italiana: «Toscanello-Colón-Vespucio». O sean: el cálculo de aproximaciones. La intuición geográfica. Y el bautizo de esa «Máxima para terrae semper incognitas».

Pero la conquista y el Raceamiento—función divina y creadora—de América es, toda, de nombres españoles. Los italianos aquí eliden su dimensión.

Cedamos, pues, a la Italia alpina, lombarda, las uberae litterariae atque scientificae, que postula el de Angleria.



Inclinados sobre los mapas, con los compases en la mano, en un cuadernillo las fórmulas algebraicas, y el astrolabio vecino, unos hombres de tinte claro e inteligente prevén la América en el Cuatrocientos.

Dejando para el Quinientos la majeza morena del extremo, el cerrado tesón del aragonés y la noche obscura de la fe del castellano. Isto es, dejando el esfuerzo puramente español.

La posesión y la fecundación de América: su Raceamiento: es de España.

II.—LOS EXTRANJEROS RACEADOS POR ESPAÑA

«Olim facietis meis delectaris solebas.» (Plinio.)

Sólo en el hecho, no bien meditado, de

honrar los reyes de España la técnica de Vespucio, nombrándolo Piloto Mayor del Reino, mientras Vespucio se honraba con naturalizarse español, casándose con una guadalquivireña, la Cerezo, hubiera bastado para ver la yuxtaposición de los dos valores, distintamente.

De una parte: el Estado español, pensionando, favoreciendo artificiosamente la capacidad científica, tan escasa en el país.

Atrayendo a la mentalidad extranjera con honores y buenos maravedises.

Y de otra parte: el extranjero, dejándose fundir, racear en el crisol potente del habla castellana, arrastrado en la órbita expansiva y fecunda de España, naturalizándose en el reino y casándose con andaluzas: Magallanes, Ruy Falerro, Vasco de Gama, Colón, Haro, Berardi, Ves-

pucio, todos ellos atraídos por el foco de Sevilla. (Y Sevilla—la Gran Casa de Contratación de Sevilla—, dando de lado a un Pinzón o un Juan de la Cosa, para instituir en cátedra a un florentino.)

«Por cuanto a nuestra noticia es venido, e por experiencia habemos visto que, por no ser los pilotos tan expertos como sería menester, ni tan estrutos en lo que deben saber, que les baste para regir e gobernar los navios que navegan en los viajes que se hacen por el mar Océano, e por defecto dellos, e de no saber como se han de regir e gobernar, e de no tener fundamento para saber tomar por el cuadrante e astrolabio el altura, les han acaecido muchos yerros, e las gentes que debajo de su gobernación han pasado mucho peligro, e en nuestra hacienda e de los mercaderes que allá contratan se ha recibido mucho daño e pérdida; e por remediar lo susodicho, es necesario que haya personas más expertas o mejor fundadas...», «para que junta la plática con la teórica se puedan aprovechar de dello en los dichos viajes».

«e que sin lo saber no puedan ir en los dichos navios por pilotos sin ganar soldadas por pilotaje... sin que primero sean examinados por vos, Américo Vespuchi, nuestro Piloto Mayor e les sea dada por vos carta de examinación e aprobación de cómo saben cada uno dellos lo susodicho...», porque es nuestra merced que seáis examinador de los dichos pilotos; y porque a los que no lo supieren más fácilmente lo puedan aprender, vos mandamos que les enseñéis en vuestra casa en Sevilla a todos los que la quisieren saber, pagándolos vuestro trabajo.»

«E así mismo... mandamos que se haga un Padron (mapa) general, e porque se haga mas cierto, mandamos a los nuestros oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, que hagan juntar todos nuestros pilotos los más hábiles que se hallaren en la tierra a la sazón, en presencia de vos el dicho Américo Vespuchi, nuestro Piloto Mayor, se ordene e haga un padron de todas las tierras e islas de las Indias..., el cual se llame el Padron Real.»

(Real título de Piloto Mayor. Américo Vespucio. Arch. de Simancas).

No, no es ya justo repetir el vejamen iniciado por Las Casas contra Vespucio. No es honesto tampoco. En otro tiempo ¿no se le celebraron sus talentos y sus gracias?

Olim facietis meis delectaris solebas. ¿Por qué, luego, negárselas? Más vale dedicarse a pensar en el símbolo raceador y divinal del 12 de octubre.

III.—¡OLE POR LA MADRE ESPAÑOLA!

Colón se casó con una cordobesa; Américo, con una sevillana. ¡Olé por las mujeres andaluzas!

¡Olé por la madre española! Crisol de los talentos peregrinos y de las técnicas más avanzadas.

¡Viva la Fiesta de las Raceadoras españolas! Festejen en Saint-Dié a la madrina de América. Esto es: el recuerdo erudito de Lud, de Rigmann, de Walde-seemueller, de aquellos pacíficos profesores del Gimnasio de los Vosgos que lanzaron al mundo el bautismo de América en su «Cosmographie Introductio», un buen día del gracioso año de 1507.

Festejen en Saint-Dié el triunfo del intelecto, del ingenio, de aquella frase de Vespucio: «Semper enim in ipsa virtute et rebus studiosis summam habui delectationem», secreto de su fortuna baptismal de América. Festejen, festejen. Para nosotros queda la Madre y no la Madrina. La esencia de la vida en todo un Continente.

¡Olé por la Madre española! De ella salió Pizarro. De ella salió Cortés. De ella salieron, mucho más tarde, claro, las Repúblicas americanas.

Ya dije al principio que ha llegado la hora de conformarse cada cual con lo que Dios le otorgó.

Dejemos a los italianos que se enorgullecen con el «suxerunt mea litteraria ubera principes Castellae fere omnes».

Hoy los italianos, en América, tienen que amantarse—omnes—, absolutamente todos, en las ubres literarias de la madre española, que les ha vencido, obligando a hablar andaluz—¡oh, Beatriz Henríquez y María Cerezo!—a todos los hijos, más o menos naturales, de Colón y de Vespucio.

URUGUAY

EN todo tiempo la América de habla española ha llevado en la entraña de sus pueblos hermanos el vínculo de la gloriosa raza común hispánica y el sentido de amor que emana del mismo, robustecido en afinidades de todo orden: el verbal, el social y el moral, al par que el del alma y el del espíritu. La fe cristiana en sus hogares, la masculina arrogancia en varones de igual abolengo y de brioso romanticismo y gesta lírica, no pueden dar otra esencia que una constante y ferviente comprensión entre la España grande de todos los tiempos y sus hermanas de allende los mares; esos mares de argonautas y conquistadores de ensueño con el «corazón a flor del labio» y tremendo y rotundo entre las mallas del pecho.

La tragedia del mundo, que ya casi no es ajena a ningún pueblo, no puede ni debe abrir lagunas a esta incommovible conquista de sentimientos recíprocos. «Habla con el corazón en España», dictó un gran estadista de aquellas tierras. Y con el corazón se habla siempre en España, aun en las horas en que lamentables equívocos obliguen a estrujarle o disimularle entre los pliegues de la vestimenta.

El cerebro se equivoca tantas veces porque es cálculo, conveniencia o egoísmo; a ratos, inteligencia; pero en otros muchos, ambición, prepotencia y hasta liviandad. El corazón (para el que le tiene) es amor y altruismo, soplo divino en la misera y efímera carne humana.

Y por eso el corazón no se equivoca nunca.

Pablo MINELLI-GONZALEZ
(Encargado de Negocios del Uruguay)

LA VIDA LITERARIA EN CHILE

Por GERMAN VERGARA

La geografía impuso a Chile la unidad racial y a su economía ciertas características de país aislado y alejado de los centros principales del mundo. En su desenvolvimiento intelectual se han reflejado también esas características, si bien ni lo inexpugnable de la altísima cordillera ni las enormes distancias han significado obstáculos graves para el desarrollo de su espíritu. Le han dado, sí, personalidad y originalidad.

Dijo el insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo que Chile era pobre en poetas, aunque rico en juristas e historiadores. Esto no es completamente exacto; o si lo fué hasta fines del siglo pasado, no lo es ya en la actualidad. Pero la frase marca, sin duda, uno de los rasgos propios de la producción intelectual de Chile. No hay para qué decir que me refiero a obras estéticas; la actividad intelectual de orden científico constituye un capítulo aparte y alcanza un desarrollo muy diverso.

Saltan a la vista las influencias de índole geográfica que señalamos antes: la costa marítima de más de 4.000 kilómetros; la importante industria minera, con su agobiadora labor; la aridez de ciertas regiones norteafricanas, que abarcan ahora un tercio del territorio nacional; la dificultad e irregularidad de las comunicaciones entre las diversas regiones del país, etc. Todo ello hace que abunde la literatura de puertos de mar y cierta afición a los libros de viajes, de aventuras distantes, de riquezas y trabajos mineros sorprendentes.

Pero tampoco podría desconocerse el factor económico: es evidente que la pobreza, la vida sacrificada, sobria, dura, de todo Chile en el siglo XIX se refleja sobre su producción literaria. El balance de ese siglo hasta la última década no es muy halagüeño: tal vez un solo gran novelista, dos o tres poetas sin gran personalidad, aunque dignos de los honores de ser incluidos en una antología castellana; no más de dos o tres piezas de teatro capaces de salvar del olvido el nombre de sus autores.

Sólo el último cuarto del siglo XIX podría señalarse como iniciación de un surgimiento económico que da mayor holgura a los hogares y eleva el tono de la vida. Además, el país deja de ser una especie de isla transcordillerana: líneas regulares de vapores lo ponen en contacto permanente con Europa y Norteamérica y aun con el remoto Japón; el ferrocarril nos acerca a las grandes capitales del Atlántico, y dentro del territorio mismo la comunicación marítima y terrestre reduce extraordinariamente las distancias y acaba con el secular aislamiento.

Paralelamente, la cultura nacional recibe también los beneficios de este surgimiento económico: se difunde la enseñanza como un riego sanguíneo por todas las clases sociales y hasta los más apartados puntos del territorio, y el resultado no tarda en dejarse ver con el auge de las obras de imaginación: poesía, cuentos, novelas y teatro, cuyos cultores venían a tomar su sitio, y no para estorbarlos, junto a los prosistas, los historiadores y los investigadores. Ya aquí empieza a fallar la antes cierta observación de D. Marcelino.

Una tercera influencia habría que señalar

en el desenvolvimiento de nuestra literatura a lo largo del siglo XIX, y no menos importante que las anteriores: la propia organización social de Chile, el predominio de una aristocracia en lo político en lo moral y en lo económico. La aristocracia chilena, elemento directivo, casi único en esa época, del progreso material la clase gobernante por excelencia, era al mismo tiempo la detentadora de la actividad intelectual. Y no fué la mayor, entre sus grandes virtudes, la de su dedicación a las labores del espíritu. La cultura de las clases más altas no traspasaba sus propios límites, se alimentaba de literatura extranjera y su producción era escasa en obras de imaginación. La obra literaria tendía, en general, a lo criollo particularista.

Faltaba que esa cultura dejase de ser privilegio de la alta clase dirigente, y esta obra hubieron de realizarla la escuela primaria, el liceo y la universidad, la escuela particular y los establecimientos de educación especializados. Puede decirse, en general, que de los centros docentes, por la acción de la cultura inicial, salió el Chile de hoy, la alfabetización de los elementos populares y el aporte efectivo de la clase media, más fuerte y sano aún en las provincias que en la capital.

Todo, pues, ha debido evolucionar. Termina la vida patriarcal, contemplativa, morosa, en que la literatura no pasa de ser una afición ocasional. Descuellan, sin embargo, en esa época grandes e ilustres maestros, como D. Andrés Bello—poeta de corte clásico, al mismo tiempo que jurista, filólogo, codificador, etc.—. Termina también la etapa de los agitadores filosóficos, como Francisco Bilbao; de los pensadores del tipo de Lastarria; de los historiadores, como los hermanos Amunátegui y los Arteaga Alemparte; de los poetas de la oratoria parlamentaria, como Isidoro Errazuriz, y de los poetas de la Historia, como Vicuña Mackenna.

Y sobreviene la etapa, ya francamente literaria, de los novelistas y poetas y de los autores de teatro. Se renueva el periodismo; dejan de publicarse las antiguas revistas misceláneas; se renuevan hasta los viejos «Anales de la Universidad», y al lado de la «Revista de Historia y Geografía» aparecen numerosas publicaciones semanales de tipo moderno, de lectura fácil, que dan al lector una idea panorámica del mundo. Las empresas editoriales no descansan, lanzando regularmente obras de autores nacionales y extranjeros. En la actualidad en Chile se escribe y se publica mucho, lo que significa que se lee mucho también; y el libro chileno no sólo se consume en el país, sino que traspasa

las fronteras y se difunde por toda América de habla española.

Así como no puede dejar de reconocerse el saludable influjo ejercido en el desarrollo del gusto y de las actividades literarias de la juventud chilena por la presencia y la acción de los emigrados argentinos (1842), tales como Alberdi, Mitre, Sarmiento, sería injusto desestimar en el fenómeno de finales de siglo y comienzos del actual, que vengo delineando, la influencia de algunos intelectuales extranjeros, como el nicaragüense Rubén Darío. Jefe de un movimiento de renovación con renombre universal, Rubén Darío llegó a Chile casi adolescente aún y publicó allí sus primeros libros: «Abrojos», en que se nota la influencia de Bartrina y Bécquer, y «Azul», colección de cuentos y poemas que, con justicia, ha sido considerado como el evangelio del credo modernista. Por esa época, del 85 al 90, llegaban también a Chile los primeros profesores alemanes, contratados por el Gobierno; no sólo para determinadas cátedras, sino también para imponer a la educación en general orientaciones renovadoras. En el terreno puramente literario, es del caso señalar la influencia del profesor Lenz, que creó y fomentó desde las aulas el amor a lo autóctono en arte y en literatura, sin desentenderse por eso de lo clásico. Se transforma la vieja escuela de tipo hermosilano, que había venido sujetando a normas demasiado estrictas las disciplinas literarias, y abiertas ya las puertas a un nuevo ambiente intelectual, irrumpe en los medios literarios una juventud independiente, desligada de la cultura de la aristocracia tradicional y conservadora, que aporta savia nueva y nuevas maneras.

Siguiendo el «modernismo» de Rubén Darío, los poetas abandonan a Núñez de Arce, Bécquer y Campoamor; toma carácter más universalista la novela, surge el ensayo sobre temas de actualidad y aparecen las revistas de nuevo estilo.

El primer tercio de este siglo es de abundante producción intelectual. Su eclosión brusca lleva años más tarde a algunos por caminos extraviados; pero luego se diseñan líneas más clásicas dentro de la modernidad.

Quiero dar aquí algunos nombres: «Pedro Antonio González», discípulo directo de Rubén Darío, que ejerció evidente influencia en la generación siguiente. «Diego Dublé Urrutia», apreciable sobre todo por cierta reacción que marca sobre el anterior, ofreciéndonos una poesía suave, de neto sabor criollo. «Julio Vicuña Cifuentes», clásico y nuevo al mismo tiempo. «Pedro Prado», una de las más destacadas figuras de los intelectuales chilenos

tro idioma. «Victor Domingo Silva» inicia su producción volviendo al tema eterno de la tierra; pero luego toma más alto vuelo y, tanto en la novela como en poesía, forma escuela, después de pasear su mirada por todo el mundo y vivir en todos los continentes. Largos años reside en Madrid (es hoy cónsul de Chile en Sevilla), y sus «Poemas de Ultramar» son un canto ardoroso a España.

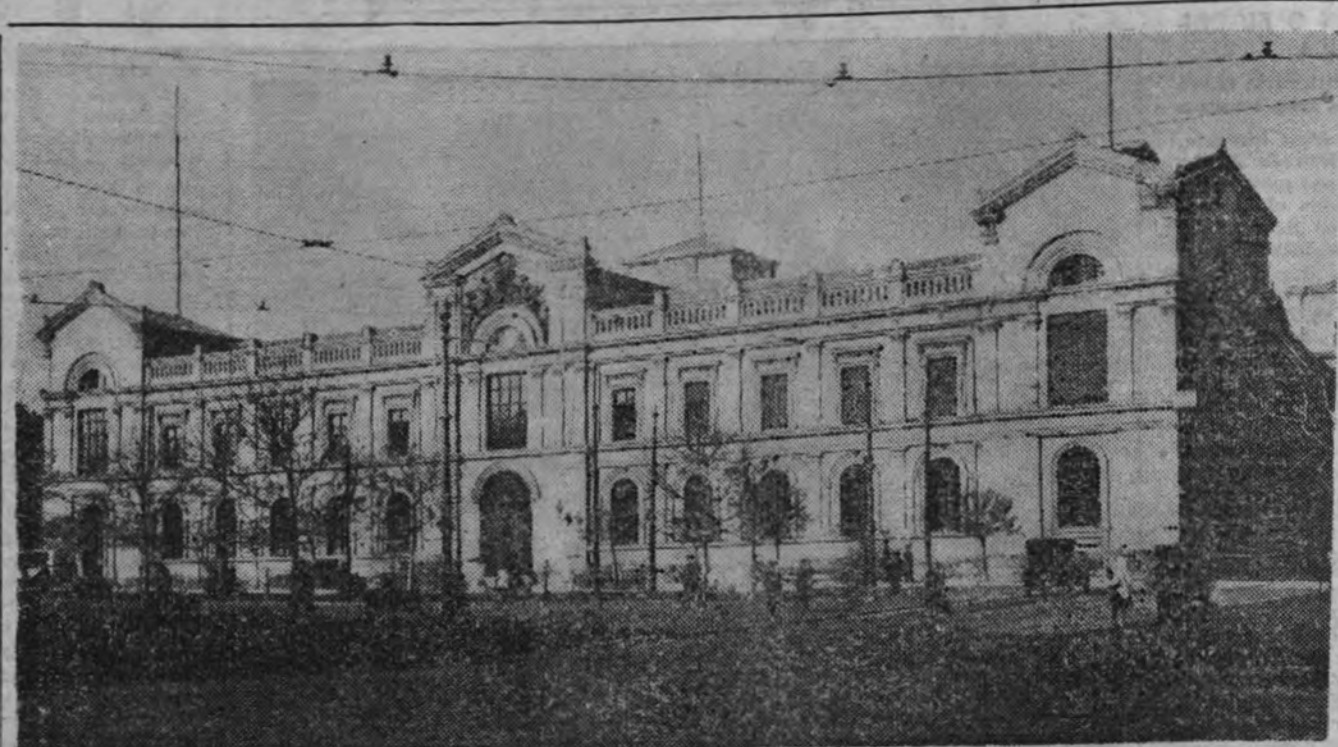
Como él, muchos otros de los mejores escritores chilenos, ya en plena madurez, vuelven su mirada a España. «Joaquín Edwards Bello», en «El chileno en Madrid»; «Edgardo Garrido Merino», en «El hombre en la Montaña»; «Augusto D'Halmar», en «La Mancha de Don Quijote»; y otros muchos libros editados por él en España sobre temas españoles; la exquisita «Visión de Ercillas», de Alfonso Bulnes, delicado escritor y espíritu finísimo.

Cabe señalar también a Eduardo Barríos, que aborda la novela psicológica con «El hermano asno», y muchos otros que, como Armando Moock, descuellan en la novela y en el teatro.

En poesías, además de Pedro Prado, Víctor Domingo Silva y otros de los ya nombrados, debo citar a Carlos Pezoa Véliz, Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Jorge González Bastías, Jorge Hubner, Angel Cruchaga, Daniel de la Vega, Juan Guzmán Cruchaga, Huidobro, N. R. Reyes, Pedro Sienna, etc. La poesía de los comienzos del siglo hasta 1925 ó 1930 se eleva ya sobre lo nacional, se desprende de lo exclusivamente tradicional y emprende nuevas rutas hasta alcanzar valores verdaderos, bien acreditados en todos los países de habla española.

En los últimos años nombres nuevos ensayan nuevas tendencias, pero siempre con el recio fundamento de la obra de sus predecesores. Son numerosísimos los poetas y los novelistas; parece soltarse de sus ataduras la imaginación, que siempre se había dicho escasa, en los chilenos. Larga sería la lista si pretendiera enumerarlos a todos; recuerdo a Rosamel del Valle, Armando Ulloa, Tomás Lago, Julio Barrenechea y muchos otros, en poesía, y en prosa poética, a Juan Marin, Manuel Rojas, Salvador Reyes, González Vera, Meza Fuentes, etc., etc. Aquí ya D. Marcelino Menéndez y Pelayo no tiene en absoluto la razón; se la ha quitado el tiempo.

El ambiente intelectual de Chile, después de la modorra de parte del siglo XIX y del despertar de comienzos del actual, tuvo una época revolucionaria al iniciarse el segundo cuarto del siglo, y vuelve ahora a sus cauces enriquecido con el aporte de legítimos valores, que son también valores de América y de España.

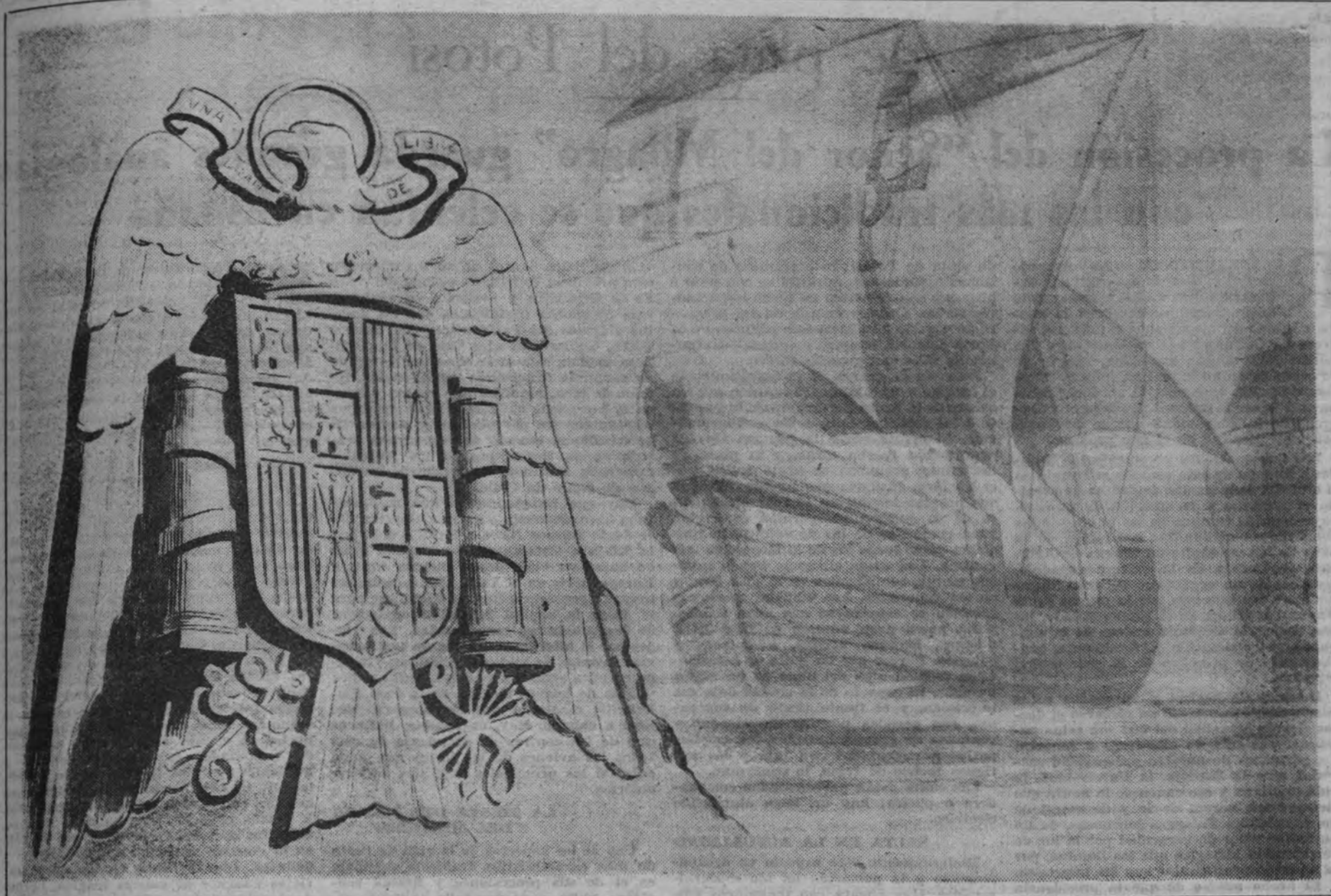


La Universidad de Chile

ya maduros; en sus novelas, «Alsino» entre otras, se desprende en absoluto del criollismo y, dejando como fondo un paisaje chileno, alcanza alturas universales; sus versos, sin las formas exteriores del modernismo, representan mejor que en ningún otro la concepción moderna de la poesía. Una mujer, «Gabriela Mistral», descubre asimismo formas de expresión nuevas, casi audaces, pero al mismo tiempo sencillas. Su prosa, dulce y musical, como sus versos, tiene resonancia no solamente en Chile, sino en toda la América española, en España y en países extraños a nues-

UN SER COMUN

Por **XAVIER DE ECHARRI**



JOSE Antonio dijo que la Falange, además de un modo de pensar, es un modo de ser. La Falange no podía cerrar su ambiciosa intención en los límites de un programa previo de partido político. No podía reducir a números ni su razón, ni su espíritu, ni el fervoroso anhelo que suscitaba en el ánimo de lo más puro y noble de España. Por eso para la Falange la primera y esencial finalidad de su acción fué, desde un principio, el hombre, el ser humano, con su física realidad y presencia, con su alma eterna y trascendente.

La Falange es una actitud general ante la vida y ante la muerte. Un pensamiento puesto en marcha, una razón ordenada para el combate, un "modo de ser" dispuesto a realizarse históricamente sobre el tiempo español. Esto, y precisamente no ninguna otra cosa menor, tiene que ser la Falange para mantenerse en pie con autenticidad, con la conciencia clara y tranquila y con entera fidelidad a sus puras raíces.

Es por esta razón—aparte de por otras muchas cosas importantes—por lo que un falangista no puede ser extraño jamás en los pueblos de América española, y por lo que un argentino, un mejicano, un chileno, no pueden serlo tampoco, dentro de

la gran familia falangista, tan hondamente humana, tan altamente espiritual. La Falange que nos importa, la que—por encima de lo circunstancial y demasiado apegado al interés o la ocasión—será perdurable, es perdurable ya por la sola hermosura de sus universales preferencias, de su diáfana, exactísima, doctrina proclamada, es ésta. Es la que nace bajo el cielo abierto de Castilla cuando una voz providencial convoca al pueblo de España a la congregación, al amor, a la unidad, a la hermandad entre los hombres, como la única empresa que verdaderamente merece el sacrificio y la sangre para la salvación de una fe, de una cultura y de una civilización; de un destino. "La Patria—dice aquella voz que despierta el corazón de las gentes—es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible." El hombre, el ser humano, suprema realidad de la Creación, y la Patria, la tierra que le sustenta y sobre la que cumple sus fines terrenales, constituyen los objetivos superiores de esa vocación apasionada por el rigor y el orden que singulariza al falangista entre las escasas y torpes especulaciones de su tiempo.

Y en estas preferencias, en esta esti-

mación de los valores morales, en este orden de pensamientos, en esta "manera de ser" frente a los problemas fundamentales de la existencia, los pueblos de América que hablan en castellano comparten con nosotros la gran trinchera universal de la raza hispánica, defensora de la Fe y de la supremacía de los valores del espíritu y del entendimiento y debeladora del error allí donde haya intentado crecer, a través del espacio y a través de la Historia. Frente a un mundo hecho de "cosas", reducido a puros "bienes" materiales, racionalizado, y que se niega a sí mismo el consuelo infinito de la esperanza, la palabra de José Antonio levanta la bandera de los valores inmortales del hombre, la bandera de la libertad del hombre. "La Falange—ha escrito en una ocasión Eugenio Montes—parte de un gran Sí universal a los valores del ser y de la afirmación de la persona individual, estatal y ecuménica, en tanto participa del Espíritu." Y el hombre de América participa de él como este falangista de aquí, de España, que se alista para la gran empresa de salvación. En este gran Sí universal a los valores del ser estamos todos, nacidos de una misma sangre, partícipes de un

mismo verbo, con unidad permanente. Si allí están más ardorosamente dentro de la afirmación las generaciones jóvenes, aquí también, como es, por otra parte, de normal naturaleza histórica, y ello no es sino nueva prueba y evidencia de una comunidad de almas y de cerebros que constituye, sin duda, la gran reserva espiritual de este Universo dramático que nos circunda.

Existe sobre la redondez de la Tierra un anhelo largo de sueños y de ambiciones, una voluntad larga de realidades, en las que nuestras generaciones españolas e hispanoamericanas forman para siempre en la misma línea de ataque y de defensa, operan con idénticas armas, arriesgan con igual alegría. Y esta línea suprema, esta unidad del ser, preocupa antes que nada a la Falange.

Para la Falange importa, ante todo, la Unidad y el Espíritu en el orbe. Y porque sabemos que España y las naciones de la América española dan precisamente unidad al espíritu del Universo, es por lo que proclamamos una vez más **Fé y Esperanza** en este nuevo 12 de octubre de 1942; en esta dramática coyuntura de la Historia, que sigue creciendo, a través de los siglos, entre la pólvora y la sangre.

SALTA, ESCENARIO DEL PRIMER CONGRESO DE CULTURA HISPANOAMERICANA

Fué el centro comercial más importante del tráfico de plata del Potosí

La procesión del "Señor del Milagro" guarda grandes analogías con las más tradicionales que se celebran en España

RECIENTEMENTE se ha celebrado en Salta, una de las capitales argentinas que, como veremos más adelante, mejor conserva la huella indeleble del hispanismo, el primer Congreso de Cultura Hispano-Americana. Ha tenido esta magna asamblea, aparte de su repercusión espiritual en toda la América de habla española, la misión fundamental de ser la preparación del gran Congreso de la Hispanidad que se celebrará con toda plenitud en el año próximo.

Las informaciones y comentarios llegados a España de esta reunión celebrada en el corazón de la nación argentina han traído el perfume y la emoción de la raza, cuyo espíritu campea en los puntos de las conclusiones acordadas: exaltación de la obra de los españoles en tierras de América, exaltación de la cultura española, creación de un organismo cultural hispanoamericano que vele por la pureza de la lengua castellana en el Nuevo Mundo, lucha contra la «leyenda negra» de la conquista y colonización y, finalmente, proclamación de principio de la generosidad española.

Después de hechas y aprobadas estas conclusiones pronunció un discurso el doctor García Mansilla, del que son estas palabras: «España no sólo trajo a América los gérmenes de nuestra prosperidad material, sino la Escuela, la Universidad, la vida cristiana y ese canon de la honra que siempre fué norma de fe y de moral de los españoles.» Palabras hermosas, de un auténtico valor de veracidad por la luz de certidumbre histórica que las ilumina, por la emoción sentimental que las impregna.

El hecho mismo de que la presidencia de honor haya estado a cargo del Presidente de la República Argentina, doctor Castillo, comunica a los acuerdos de esta histórica reunión una autoridad extraordinaria, avalada por la asistencia y la intervención destacada del ilustre ministro de Relaciones Exteriores del país hermano, doctor Ruiz Guinazú, así como la de las selectas representaciones de prelados, políticos, diplomáticos e intelectuales de los países americanos. El Congreso de Salta ha traspasado los confines de la pura tierra argentina para expandir por toda América española su emoción y su fuerza de llamamiento histórico.

DONDE ESTA SALTA

Vamos en este trabajo a dar algunos pormenores de la ciudad marco de este Congreso trascendental para el porvenir de todas las naciones de habla castellana.

La ciudad de Salta, capital de la provincia argentina del mismo nombre, emplazada en las inmediaciones de los cerros orientales de la cordillera de los Andes, en el valle de Lerma y a orillas del río Arias, que se une diez kilómetros más abajo con el Silleta para descargar finalmente sus aguas en el río Jaramentó, también conocido por el río Salado, fué, como la de Tucumán, fundada dos veces. Ordenó su construcción el gobernador de Tucumán D. Fernando de Lerma, en 1582, en el valle de Siancas, y poco después se trasladó al lugar que ocupa en la actualidad.

Lerma fundó Salta como un lugar de descanso en el camino del Perú y como centro de operaciones militares contra los indios calchaquíes y humahuacas, habitantes irreductibles de esta región. La ciudad está a 1.300 metros sobre el nivel del mar y tiene una población aproximada de 40.000 habitantes.

SALTA, EL CENTRO COMERCIAL MÁS IMPORTANTE DEL NORTE DEL PLATA

Por su situación en el camino de Bolivia, Salta ha figurado siempre como el centro comercial más importante de las provincias del Norte. Durante la época colonial descansaban en ella grandes recuas de mulas que conducían al puerto de Buenos Aires para su embarque las remesas

de plata de Potosí; este tránsito de continuas expediciones fomentó su comercio e hizo que se celebrasen en Salta importantes ferias. Como recuerdo de tal prosperidad quedan aún hermosos edificios de la época colonial, templos y conventos, algunos de ellos con grandes torres.

Durante la guerra de la Independencia el camino comercial quedó cortado por los azares de la lucha, perteneciendo tan pronto a los realistas como a los revolucionarios. Al restablecerse la paz las vías de exportación fueron otras, y la plata de las minas peruanas se abrió salida por el Pacífico, teniendo que buscar Salta en sus propias iniciativas el restablecimiento de su antigua prosperidad comercial. Esta ciudad es de las de edificación más sólida entre todas las de la República Argentina. Las casas antiguas tienen gruesos muros, con arcadas en el piso bajo y en los superiores. Los edificios modernos también se construyen con gran solidez. Salta posee gran número de fábricas y molinos, Bancos, hoteles, bibliotecas y colegios. Parece que en Salta se estremeciera todavía algo del alma de los siglos pasados. El aspecto de la ciudad deja esa impresión, y el frente chato de sus casas, con pesadas puertas claveteadas y ventanas de gruesos barrotes, los amplios patios pavimentados con laja y los antiguos techos de tejas, lo confirman.

Las calles están pavimentadas con madera o piedra; hay un buen alumbrado eléctrico.

SALTA EN LA ACTUALIDAD

Modernamente este aspecto va desapareciendo y la población ha ido modernizándose. Hoy cuenta con magníficos edificios, como la Casa del Gobierno, Colegio Nacional, Nuevo Club Social, Seminario, Mercados, Palacio Episcopal, Cuartel, Aduana, Casa de Telégrafos, Hospital, Asilo y Teatro. De estos edificios los más notables son, sin duda alguna, la Catedral y el templo de San Francisco, con su campanario de 70 metros de altura. Los edificios más importantes se encuentran en la plaza Central o del Nueve de Julio, con frondoso jardín rodeado de portales. En esta plaza está la Catedral, el teatro Victoria y el antiguo Cabildo, que es uno de los edificios más interesantes que se conservan hoy de la época española.

Además de esta plaza existe otra importante, la de Belgrano, con una estatua de este general. Cerca de Salta está el campo de Castañares, donde Belgrano venció por segunda vez al general español Tristán, el 12 de febrero de 1812. Sobre el sitio de la batalla hizo elevar Belgrano una sencilla cruz de madera, en la que grabó esta inscripción generosa: «A los vencedores y los vencidos», ya que la tierra, madre común, guardaba igualmente a los muertos de una y otra parte. Hoy la cruz ha sido trasladada al atrio de la Catedral, y en su lugar ha sido elevado en el campo de Castañares un monumento de grandiosas proporciones para perpetuar el recuerdo de la victoria.

Tiene Salta la misma fauna que los bosques inmediatos de Tucumán y los del vecino Chaco. El tigre ha sido alejado de la provincia por la expansión humana; pero los reptiles son muy numerosos, especialmente en los bosques de Orán. En estas selvas existen unos monos cuya carne la comen los indígenas, y aseguran que es muy sabrosa. También por esta parte son comestibles los loros jóvenes.

LOS VIAJES DE HACE CINCUENTA AÑOS

El ferrocarril cambió radicalmente la

vida de Salta. Antes de su inauguración esta provincia se hallaba aislada del resto de la República y sostenía, en realidad, más relaciones comerciales con los puertos chilenos del Pacífico que con Buenos Aires. Copiaco, al otro lado de la cordillera andina, satisfacía las necesidades de su comercio comprando asnos, mulas, tejidos de lana, algodón, hilo vicuña y guanaco. Los pasos andinos estaban cruzados incesantemente por viajeros y recuas. El peón salteño, cuando no encontraba trabajo en su tierra, pasaba los Andes y marchaba a ofrecer sus brazos a las minas de cobre de Chile.

Hay que imaginarse lo que representaba hace cincuenta o sesenta años un viaje desde Buenos Aires a Salta o a Jujuy, la Rioja o Catamarca. Se tardaba igual en hacer un viaje desde Buenos Aires a Europa, vivir en el Viejo Mundo unas semanas y regresar a Buenos Aires, que para ir desde la capital federal a cualquiera de las provincias mencionadas. Los viajes por el interior se hacían en una o varias carretas de todo semicircular, viviendo en ellas semanas y meses. Ocho o diez yuntas de bueyes tiraban de la casa ambulante, escoltada por los hombres que iban a caballo. Hoy, en cambio, Salta es uno de los centros de aterrizaje de casi todos los aviones de las líneas que unen entre sí las principales capitales de Suramérica.

LA FIESTA DEL «SEÑOR DEL MILAGRO»

Uno de los aspectos de la vida de Salta de más característica tradición española es el de sus procesiones y fiestas religiosas. Salta posee una talla de Cristo célebre, el llamado «Señor del Milagro», imagen que se conserva desde los primeros tiempos de la conquista, que, como muchas de aquella época, tiene un origen maravilloso. Esta imagen de Jesucristo llegó flotando dentro de una caja a un puerto del Perú, respetada por las olas y las tempestades. La fiesta del «Señor del Milagro», que se celebra en septiembre, atrae a la capital gentes de toda la provincia. Hasta del árido territorio de los Andes se ven llegar mestizos e indios, con sus viejos ponchos deshinchados, las melenas lacias y las altas botas resquebrajadas, con grandes clavos en las suelas.

Por las pendientes de las montañas descienden como rosarios de hormigas multicolores las cabalgatas de campesinos. Hacen viajes de muchas leguas sólo por ver la procesión, que dura toda la tarde, y regresan luego a sus ranchos. Cada individuo ocupa un caballo. Al frente van los hombres, sobre su montura con aletas de cuero y el lazo a un costado de la silla, lo mismo que los gauchos de los tiempos coloniales. Detrás cabalgan los chicuelos, con ponchos rayados de rojo y negro, y las mestizas, gordas y lustrosas, que parecen máscaras por sus faldas de colores chillones, verdes, rosa o escarlata.

EN NOMBRE DEL SEÑOR REY DON CARLOS III

La procesión pone en movimiento a toda la ciudad. Las tropas rinden honores a la puerta de la Catedral, con la música al frente. Las calles recuerdan entonces las de las poblaciones españolas en una fiesta tradicional. Balcones y ventanas están repletos de señoras que ostentan sus trajes más lujosos; abajo, en el arroyo, se aglomera la muchedumbre campesina. Son gentes de tez cobriza, voz cantante y duizona, de ademanes humildes: ellas con largo manto negro, como las mujeres de Chile; ellos con poncho amarillento y amplio sombrero, duro y rígido como

un casco. En las torres de las iglesias voltean las campanas, estremeciendo de religión a la vieja Salta. Es como si no hubieran pasado los siglos y allí, en la Catedral, se estuviera ordenando la procesión bajo la mirada autoritaria del señor alcalde corregidor, que gobierna a la ciudad en nombre del Señor Rey Don Carlos III. Causa asombro la persistencia de las huellas españolas en el carácter y en el aspecto de estas ciudades del Norte argentino.

LAS PROCESIONES Y LAS ROMERÍAS

La procesión es solemne y al mismo tiempo alegre y bulliciosa. Rompen la marcha algunos negros y mestizos pidiendo limosna a las gentes de las ventanas. Tras éstos avanzan las Cofradías de señoras de la ciudad, que estrenan en esta fiesta sus trajes primaverales. Las banderas y estandartes son llevados por frailes que parecen escapados de los cuadros de Zurbarán. Luego avanzan en dos filas las jóvenes salteñas, erguidas y cimbreantes. Visten de blanco, de rosa, de suave azul, de color de fresa; cubren sus pechos con mantillas o sombreros, en la mano las velas rizadas, envueltas en pañuelos de encaje. Luego, entre autoridades e invitados, bayonetas de soldados y musicales apergües, llega el «Señor del Milagro», el Cristo prodigioso, clavado en la Cruz, con huecas faldillas de terciopelo. Y detrás el indio, el populacho cobrizo, «chinitas de esbeltez juvenil», con su vela en la diestra; ancianas apergaminadas y nudosas, con lágrimas en los párpados; viejos gauchos de cabeza trágica, barbudos, melnudos, curtidos por el sol, con el poncho remendado, fieros y corteses a la vez, como debieron ser los soldados de la conquista. Todos atienden a las llamas que palpitán en sus manos, para que no se apaguen. Algunos llevan hasta cuatro cirios en cada una de sus manos, porque hay la costumbre tradicional de implorar al «Señor del Milagro» en casos de enfermedad y otros peligros, prometiéndole llevar una vela el día de su fiesta.

Hay otras fiestas religiosas en Salta que atraen también a los vecinos de los pueblos de la montaña. En todos ellos existe un Santo Patrón, y los devotos lo bajan en andas a la ciudad para que figure en las procesiones. Casi todo el vecindario marcha tras él. En la ciudad muestran los devotos un grave continente durante la procesión. Hombres, mujeres y chicuelos escoltan la amada imagen, deseando que ésta triunfe, por su hermosura y sus adornos, sobre las de los otros pueblos.

El regreso al pueblo es más jaranero. En las horas de calor acampan en lugares sombríos, dejan al Santo a un lado, vuelto de espaldas, para que no vea sus diversiones mundanas, y hombres y mujeres empiezan el bailoteo. Suenan los instrumentos, vibran los cantos y siguen los bailes incansablemente.

No puede negarse que estas fiestas son del mismo tipo que las romerías y fiestas religiosas que en todos los rincones de España se celebran frecuentemente, con las variantes especiales de cada región.

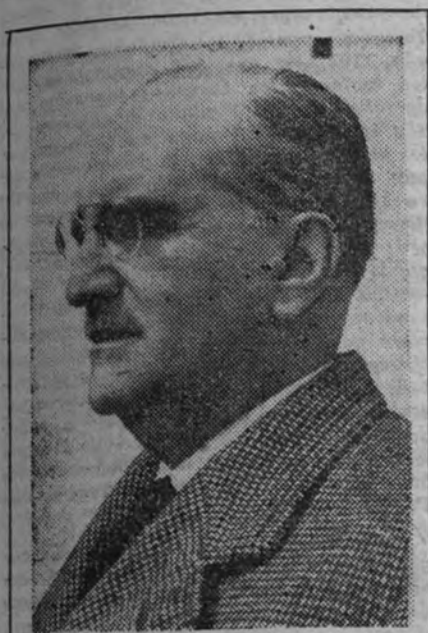
Pues en esta ciudad, que guarda orgulloso su rancia prosopopeya de la época colonial, que conoció las primeras Misiones religiosas, ha tenido lugar la primera Asamblea de Cultura Hispano-Americana. Ha sido ésta muy importante, por las aportaciones conseguidas, por su repercusión y por la tarea que deja preparada para el que se celebrará en el año próximo, según está anunciado. La España rescatada al hispanismo por Franco vive la feliz coyuntura del momento más propicio para la unión de los pueblos hispánicos. Y la mejor prueba de ello es el ambiente de confianza y simpatía, de colaboración ilusionada, que ha reinado en Salta entre todas las naciones hispanoamericanas, comenzando por España misma.

Santos ALCOER

El acuerdo cultural entre España y la Argentina

Para el año 1944 se prepara en Argentina un gran Congreso de la Lengua Española

El Congreso constituirá la más alta expresión de la cultura de los pueblos de hispanoamérica



Ruiz Guinazú

NO hace muchos días que fué firmado en Madrid por el embajador de la Argentina en España, doctor Escobar, y por nuestro ministro de Asuntos Exteriores un importante acuerdo para reforzar las relaciones culturales entre ambos países.

Desde que nuestras posesiones de América decidieron organizar sus vidas independientemente de la metrópoli, no se había adoptado un acuerdo de la magnitud y trascendencia del que pretendemos comentar.

Pasados los resquemores que sacudieron a aquel hecho histórico, suavizadas las asperezas que una dominación tan larga tenía necesariamente que producir, desaparecidos los últimos posos de resentimiento y rencor, se inició una política de acercamiento entre España y los países sudamericanos. El tiempo había aclarado el sombrío horizonte, los ánimos se habían aquietado en las naciones que España fundara, con la perspectiva suficiente de la que solamente el tiempo tiene el secreto, comenzaron a considerar la importancia de nuestra labor civilizadora. La propaganda insistente y malintencionada de países interesados que primeramente atizó y fomentó el fuego de la desobediencia y la discordia, siguió luego enconando los ánimos. Formaba parte de su política y no hubo argumento que no se utilizara en contra nuestra, llegando a falsear

descaradamente la verdad y a interpretar malévolamente una obra extraordinaria que más tarde hubo de ser universalmente reconocida. Cuando este hecho se produjo, los países de Hispanoamérica comenzaron a volver los ojos hacia la Nación que les había dado el ser, que al darles una lengua, una religión y una cultura, les había puesto en trance de llegar a ser lo que hoy son y lo que en un futuro no muy lejano serán cuando su riqueza y sus medios naturales comiencen a dar todo su rendimiento. Poco a poco aquella corriente de amistad y de reconocimiento fué aumentando y afianzándose. Mas a pesar de todo este sentimiento hacia nosotros, no se traducía en hechos concretos y eficaces. Revestía un carácter nostálgico, suavemente evocador de glorias y grandezas pretéritas, pero que con ser mucho no respondía a las realidades de la hora presente.

España y los países sudamericanos coincidían anualmente en los actos conmemorativos de grandes efemérides de nuestra común Historia. Entonces se pronunciaban, en presencia siempre de un invariable público infantil de «boy-scouts», engolados y altisonantes discursos. Invariablemente también, como si el tiempo no hubiera transcurrido y no hiciera mella en los oradores, se hacían los mismos llamamientos de «amor hacia la madre Patria», de «estrechamiento de los lazos de amistad», de «acercamiento espiritual»; llamamientos que, naturalmente, no tenían ninguna eficacia, pero que no era obstáculo para que se repitiesen al siguiente año, lo mismo que ondeaban idénticas banderas, se exhibían los mismos flameantes sombreros de copa y el público de «boy-scouts» era también siempre el mismo.

Si alguna labor se realizaba en este sentido era casi siempre al margen de la protección oficial. Estudiantes sudamericanos venían a estudiar a las Universidades españolas por su propia cuenta y razón; escritores americanos trabajaban en nuestros archivos y se ponían en contacto con sus compañeros de la Península; compañías de teatro realizaban viajes artísticos con notable éxito, y destacados miembros de la intelectualidad española ocupaban con todos los honores las mejores tribunas en las naciones americanas.

El extraordinario éxito de estas embajadas espirituales, que, como anteriormente decimos, no contaba con el apoyo ni la intervención oficial, se complementaban con la asidua colaboración de periodistas y escritores españoles en los periódicos de allí, y con el intercambio de libros, constituyendo la prueba más rotunda de la trascendental importancia que esta labor habría llegado a alcanzar a estas fechas si los Estados respectivos la hubieran organizado, dirigido y protegido económicamente.

Nunca es tarde cuando existe el firme propósito de rectificar antiguos errores. Con el feliz desenlace de nuestra contienda se inició un cambio radical en el entendimiento del sentido que aquella política de aproximación había de tener, y la creación del Consejo de la Hispanidad, el envío de varias Misiones culturales, entre ellas la última a Perú con motivo de las fiestas conmemorativas del centenario de Pizarro, actos en los que también se celebró una Exposición del Libro Español, la organización de una Exposición de Artesanía en un trasatlántico que recorrió los principales puertos americanos del Atlántico, la creación de becas para estudiantes y otros diversos actos pusieron claramente de manifiesto que la pobre y casi inexistente labor a favor del estrechamiento de los lazos de amistad, tantas veces invocado, en contraba, al fin, por la comprensión de nuestro Estado, el cauce firme y seguro que nuestra propia cultura y nuestra civilización demandaba imperiosamente.

ANTECEDENTES DEL ACUERDO CULTURAL

Por su parte, los países hispanoamericanos iniciaban a su vez idéntica tarea, firmemente convencidos de que las gestiones que formularan al Estado español en aquel sentido no solamente habían de encontrar la mejor acogida, sino que en muchos aspectos serían justamente correspondidas, ampliadas y mejoradas. Uno de los países que, percatado de la eficacia que esta política podía tener para el más exacto conocimiento de España y los países sudamericanos entre sí, y para la mejor defensa de nuestra comunidad histórica y espiritual, que constituye nuestro más inapreciable patrimonio, uno de los primeros países, repetimos, que mejor comprendió la necesidad de una atracción urgente y eficaz, fué la República Argentina. La mejor prueba de esta preocupación es el tratado cultural hispanoargentino, encaminado a fortalecer los inmutables valores de nuestro espíritu. Aparte de esto, y coincidiendo con el cuatrocientos cincuenta aniversario del descubrimiento de América, la Universidad de Cuyo (Mendoza), de reciente creación, ofreció dos cátedras, una de Literatura y otra de Historia de las Religiones, a profesores españoles, solicitando de los organismos culturales nuestros el intercambio de libros, especialmente de materia lingüística, por estar empeñada dicha Universidad en la tarea de confeccionar un Diccionario.

Por su parte, la Comisión Nacional de Cultura, dirigida por el gran amigo de España D. Carlos Ibarguren, que a su vez ocupa la presidencia de la Academia argentina, otorgó dos becas universitarias para estudiantes españoles, con cinco mil pesos cada una, viajes pagados y una estancia de diez meses en aquel país.

Desde que el doctor Escobar llegó a nuestro país como embajador de su país, una de sus mayores preocupaciones, y a la que supeditó gran parte de su tarea y de sus esfuerzos, fué la de recoger los deseos y sentimientos dispersos, tanto en su país como en el nuestro, plasmando los en un acuerdo cultural. En la preparación y confección del proyecto contó con un eficaz e inteligente colaborador en la persona del doctor Goyeneche, joven intelectual argentino que se hallaba en España invitado por el Consejo de la Hispanidad y encargado por su Gobierno de estudiar las relaciones culturales entre los dos países.

El tratado fué firmado el día 7 de septiembre pasado, produciendo su noticia extraordinaria satisfacción en los medios culturales de España y de Argentina.

TEXTO DEL ACUERDO CULTURAL

El texto de este acuerdo, firmado por el doctor Escobar y por el conde de Jordana, apareció el 11 de septiembre en el «Boletín Oficial del Estado», siendo favorablemente comentado y elogiado por toda la Prensa española. He aquí el texto del tratado:

«ASUNTOS EXTERIORES.—Acuerdo general de relaciones culturales entre España y la República Argentina: «Igualmente conscientes de que la realidad impone una íntima colaboración cultural entre España y la Argentina, encaminada a la mayor fortaleza y jerarquía de los inmutables valores del espíritu que les son comunes, a la vez que constituyen el más sólido fundamento de sus respectivas nacionalidades y de su fraterna amistad, los Gobiernos español y argentino, por medio de sus representantes, debidamente autorizados, convienen lo que sigue:

Artículo 1.º Las altas partes contratantes, recíprocamente prestarán su apoyo a cuantas iniciativas tiendan a incrementar y robustecer sus relaciones culturales sobre la base de la comunidad de su origen histórico y de su común patrimonio de valores espirituales.



Conde de Jordana

Art. 2.º A tal objeto, las altas partes contratantes impulsarán el intercambio cultural entre sus súbditos respectivos en el campo de la ciencia y en el de las artes; organizarán el intercambio de películas cinematográficas educativas, geográficas o históricas que contribuyan al mejor recíproco conocimiento de entrambos países; darán las máximas facilidades para el intercambio de publicaciones (libros, revistas y periódicos) que por su finalidad superior sirvan para una mayor comprensión de los problemas fundamentales de España y de la Argentina o sean exponentes de sus respectivas actividades científicas, literarias o artísticas, y asimismo procurarán establecer con carácter permanente emisiones directas de radiotelefonía que den a conocer esas actividades españolas al público argentino y las argentinas al público español.

Art. 3.º El intercambio de profesores, conferenciantes, escritores, artistas y estudiantes será especialmente facilitado por ambas partes contratantes, y a tal fin, recíproca y mutuamente, crearán becas, concederán subvenciones y darán las facilidades que requiere cada distinta especialidad cultural.

Art. 4.º Por estimar que el intercambio turístico evidentemente facilita y fomenta el incremento del cultural, las dos

(Pasa a la página 16.)



Doctor Escobar

LA SUERTE DE LAS TIERRAS COLOMBINAS

Por AGUSTIN DEL RIO CISNEROS

EL Gran Almirante de Castilla descubrió el Nuevo Mundo, redondeó el mapa de la tierra, bautizó lugares y abrió el camino histórico para nuevos pueblos. Su genio realizador y su visión poética labraron la epopeya más notable de la Humanidad, ya que la redención es obra sobrenatural. Al descubrir las nuevas tierras inició la verdadera etapa universal del hombre. Las diferentes islas y la tierra firme que él vió por primera vez entraron en los azares de la vida histórica, después de recibir la fe cristiana y la voz castellana. Las naves de Colón llevaban el sentido cristiano católico de la vida y nombres españoles que fueron sembrados en la tierra virgen descubierta. La suerte de las tierras colombinas —descubiertas directamente por Colón— indica la grandeza del acontecimiento hispánico en el mundo y los embates de los tiempos. Lo hispánico logra su creación y plenitud en la empresa colombina. El recuerdo de los primeros hechos y la observación del rumbo histórico de las primeras tierras vistas por Colón bien merece fijar la atención en este 12 de octubre en que se cumplen cuatrocientos cincuenta años de la mayor y más noble hazaña hispánica.

Referiremos las peripecias de las tierras vistas por Colón de una manera sucinta, sin registrar las modificaciones que durante los últimos años de la actual guerra han ocurrido, pues sujetas a las contingencias del momento, escapan a la mirada lejana que exige la conmemoración del aniversario. Así, nos ocuparemos de los cuatro viajes sucesivamente.

PRIMER VIAJE

BAHAMAS O LUCAYAS.—San Salvador, Fernandina e Isabela. La isla de San Salvador fué descubierta por Colón el 12 de octubre de 1492. Se cree que corresponde a la actual isla de Watling, nombre que recibió del célebre pirata inglés, conocido históricamente por sus navegaciones en el mar de las Antillas y en la parte sur del Pacífico. Watling terminó sus días al realizar un infructuoso ataque contra el puerto de Arica. La denominación indígena de la isla Guanahani, así como el nombre español, desaparecieron de la toponimia del Nuevo Continente. Las islas Lucayas fueron ocupadas por los ingleses en 1629 y reconocidos sus derechos por el tratado de Versalles de 1783.

CUBA.—Fué la primera de las grandes Antillas descubierta por Colón. Arribó a su costa septentrional el 27 de octubre de 1492, explorándola en parte y estableciendo relaciones con el cacique indígena Camagüey. Continuó la exploración Sebastián de Ocampo en 1508. A fines de 1511 fué fundada la primera población, la actual Baracoa, con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción. Nuevas poblaciones fueron creadas, como Trinidad, Sancti Spiritu, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba y La Habana.

En 1607 se organiza la Capitanía General de La Habana, siendo su primer jefe Gaspar Ruiz de Pereda. En 1762 los británicos se apoderaron de La Habana, restituyéndola al Poder español nueve meses más tarde.

El proceso de emancipación señala las fechas de 10 de octubre de 1868, con los nombres Carlos Manuel de Céspedes y Francisco Aguilera; 26 de agosto de 1879, con los de Calixto García, José Maceo y Guillermo Moncada, y 6 de enero de 1892, con el nombre de José Martí, figura principal de la Independencia.

El 25 de abril de 1898 los norteamericanos desembarcaron en Cuba, ocupando primeramente Siboney. La guerra con España concluyó con las negociaciones de París del 13 de diciembre de 1898. La ocupación norteamericana duró tres años, y la entrega del Poder a los cubanos tuvo lugar el 20 de mayo de 1902, siendo el primer Presidente Tomás Estrada Palma.

HAITI.—La República de Haití ocupa la parte occidental de la isla de Santo Domingo, descubierta por Colón el 5 de diciembre de 1492, dándole el nombre de Española. Estableció un fuerte, regresó a

España y fundó a su vuelta la primera colonia poblada por españoles junto a la desembocadura del río Isabela. La Española sufrió las agresiones de filibusteros de aquel tiempo. Durante la guerra de España con Francia se establecieron colonos franceses en la isla, y en 1697 Francia hizo reconocer sus derechos de dominio en la paz de Ryswick.

SANTO DOMINGO.—La República Dominicana abarca la sección oriental de la isla de Santo Domingo. Nicolás de Ovando fundó la población de Santo Domingo. En 1663 el gobernador Pedro Carvajal rechazó un desembarco francés. Más tarde se establecieron allí colonos franceses, y España tuvo que ceder su soberanía a Francia en 1697. Por el tratado de Basilea del 22 de julio de 1765, España cedió también a Francia sus derechos sobre la sección oriental de la isla, quedando esta nación dueña de todo el territorio. Es preciso mencionar en la Historia dominicana los intentos de integrarse a España ocurridos en 9 de julio de 1808 y 18 de marzo de 1861. También se registran las ocupaciones norteamericanas de 1904 y 1914.

Queda omitida la relación que históricamente han tenido las dos secciones de la isla Española por la brevedad de la descripción.

SEGUNDO VIAJE

LA DESEADA.—Se levanta a 14 kilómetros al NO. del extremo oriental de la Guadalupe. Fué descubierta por Colón el 3 de noviembre de 1493, denominada así por ser la primera tierra que vió en su segundo viaje. En poder de Francia en 1728, también la disputó la Gran Bretaña, ocupándola en 1762 y en 1793, y fueron reconocidos los derechos de Francia en el año 1815.

EL GRUPO DE LAS SANTAS.—Es un grupo de islotes que se levanta a 12 kilómetros del SE. de Guadalupe. Mayores los de Terre de Haut y Terre de Bas, separados por el canal Paso del Sur, son de menor superficie los de Paté Corbe, Grand Ilet y Gabrit. Descubiertas por Colón el 3 de noviembre de 1493, fué disputada su posesión entre Francia y la Gran Bretaña. En poder de la primera de 1618 a 1794, la ocuparon los segundos hasta el 1814, año en que pasan a ocuparla los franceses.

DOMINICA.—Descubierta por Colón el 3 de noviembre de 1493, dióle tal nombre por ser domingo el día que le avistó por primera vez, conociéndola los indígenas por Geyre. Ocupada por los británicos en 1627, fué territorio neutro de 1748 a 1756, por disputársela los franceses, siendo reconocidos los derechos de la Gran Bretaña por el tratado de París de 1763, ratificado por el de Versalles de 1783.

MARIGALANTE.—Descubierta por Colón el 3 de noviembre de 1493, debe su nombre al buque en que viajaba el ilustre navegante. Colonizada por los franceses a partir de 1648, la invadieron los británicos en 1691, ocupándola hasta 1716, año en que volvió a adquirirla Francia. También como la de Guadalupe, durante algún tiempo tan pronto eran dueños de ella los británicos como estaban en manos de los franceses, quedando por fin en poder de éstos en 1815.

GUADALUPE.—Descubierta por Colón el 4 de noviembre de 1493, le denominó así por haber prometido a los religiosos del Santuario de Guadalupe, en Extremadura, dar tal nombre a una de las tierras que descubriese. Los indígenas la denominaron Turuqueira. Ocupada por los franceses en 1635, tuvieron que sostener duras luchas con los caribes; derrotados, pocos menos que exterminados, éstos, comenzó la colonización de la isla en 1660, incorporándola a la Corona francesa en 1674. Disputada por la Gran Bretaña a partir de 1759, varió de dueños diversas veces. En poder de los británicos en 1813, éstos la cedieron a Suiza, que la devolvió a Francia al año siguiente. De nuevo en poder de la Gran Bretaña, por corto tiempo, fué cedida a los franceses en 1815, constituyéndose la colonia en 1854.

MONTSERRAT.—Descubierta por Colón el 11 de noviembre de 1493, le dió tal nombre en honor de la Virgen que alberga la famosa montaña catalana. Ocupada por los británicos en 1632, se la disputaron los franceses, que la ocuparon de 1664 a 1668. Perdida por ellos, la rescataron en 1782, pasando definitivamente a poder de los británicos en el año 1784.

ANTIGUA.—Descubierta por Colón el 12 de noviembre de 1493, dióle tal nombre en honor de la iglesia de Santa María de la Antigua, de Sevilla. Ocupada por los británicos en 1632, le fué cedida definitivamente por el Tratado de Breda de 1667.

SAN MARTIN.—Fué descubierta el 13 de noviembre de 1493 por Colón. Colonizada por los franceses en 1639, les sucedieron los holandeses; pero éstos fueron expulsados por los españoles, que no tardaron en abandonarla. Establecidos de nuevo en ella los holandeses, les siguieron los franceses. En lucha ambos para la posesión de la isla, dividiéronla al fin, ocupando Holanda la región meridional y Francia el resto.

ISLAS VIRGENES.—Constituyen la presidencia de las islas Virgenes las de Tórtola, Virgen Gorda, Anegada, Sombro, Jort Van Dykes, Peter, Sal, Tábago, Buey, Jaina, Caimanes, Taubet, Watson y otras menores hasta el número de treinta y dos. Descubiertas por Colón el 15 de noviembre de 1493, fueron colonizadas por los holandeses, ocupándolas en 1666 los británicos.

PUERTO RICO.—Fué descubierta por Colón en el segundo viaje, el 19 de noviembre de 1493. Puerto Rico es la isla llamada Boriquén por los indígenas. Colón tomó posesión de ella, en la bahía actualmente llamada de Aguada, dándole el nombre de San Juan Bautista, en honor del príncipe Juan. En noviembre de 1595 el inglés Drake pretendió apoderarse de la isla, resultando frustrado su propósito. El conde de Cumberland logró desembarcar en 1598 y permanecer durante cinco meses. Fué fortificada por España para evitar estas sorpresas del mar. Los holandeses trataron de hacer un desembarco el 24 de septiembre de 1625, siendo rechazados por la guarnición española.

Continuó la colonización española de la isla de Puerto Rico. En 1897 se decretó la autonomía del país, y al declararse la guerra entre España y Estados Unidos la Escuadra norteamericana desembarcó sus tropas el 25 de julio de 1898. El 18 de octubre ondeaba en San Juan el pabellón norteamericano, y entabladas las negociaciones, España cedió la isla a Norteamérica en virtud del Tratado de París del 10 de diciembre de 1898.

JAMAICA.—Descubierta por Colón el 4 de mayo de 1494, denominándola Santiago. Ocupada en 1596 por los ingleses la capital de la isla, fué conquistada en su totalidad en 1655. Entregada por España en 1670 a los ingleses por el Tratado firmado en Madrid. Lleva desde entonces el nombre de Jamaica, y pertenece en la actualidad a los Estados Unidos.

ISLA DE PINOS.—La descubrió Colón el 13 de junio de 1494, y le dió el nombre de Evangelista. Se llamó después Santa María, y finalmente isla de Pinos. Disputada por los Estados Unidos, pertenece actualmente a Cuba, habiéndolo así reconocido el 13 de marzo de 1925.

SAN CRISTOBAL.—La denominó así Colón al descubrirla el 12 de noviembre de 1493. Ocupada de 1621 a 1628 por un grupo de aventureros ingleses y franceses, que acabaron con los indígenas que la poblaban, pasó a poder de España en 1629. De nuevo en poder de los británicos, les fué reconocidos sus derechos por el Tratado de Utrecht de 1713. Expulsados por los franceses en 1782, quedó definitivamente en poder de los británicos por el Tratado de Versalles de 1783.

TERCER VIAJE

SAN VICENTE.—Arribó Colón a sus costas el 22 de enero de 1498. Ocupada

en 1719 por los franceses, que habían acudido en defensa de sus pobladores, amenazados por los caribes negros, la abandonaron en 1763, tomando posesión de ella los ingleses en el mismo año. Reconquistada por Francia en 1779, fué cedida definitivamente a la Gran Bretaña por el Tratado de Versalles de 1783.

TRINIDAD Y TOBAGO.—Fueron descubiertas por Colón en julio y agosto de 1498, respectivamente. Ocupada la de Trinidad por los españoles hasta el año 1797, en que fué conquistada por los ingleses, les fueron reconocidos sus derechos por el Tratado de Amiens del año 1802. La de Tobago fué ocupada por los británicos en 1608; la abandonaron algún tiempo después, instalándose en ella en 1632 unos colonos holandeses, que le dieron el nombre de Nieuwe Walcheren; pero expulsados por los españoles, quedó abandonada la isla durante algún tiempo. De nuevo colonizada por los holandeses en 1654, el jefe de éstos se declaró vasallo de Luis XIV, y cedida por Francia a la Gran Bretaña por el Tratado de Versalles de 1773 y de nuevo posesión francesa en 1783, volvió a poder de la Gran Bretaña en 1793 y de Francia en 1803, ocupándola definitivamente los británicos en 1814 por el Tratado de París.

MARGARITA.—Isla de Venezuela, adyacente a la costa de Bermúdez; descubierta por Colón a la salida de las bocas del Orinoco.

GRANADA.—Designó Colón a esta isla con el nombre de Concepción, que se cambió más tarde por el actual. Puso pie en ella el 15 de agosto de 1498. Establecidos en ella algunos franceses en 1650, pasó a poder de Francia en 1774. Ocupada por los británicos, le fué cedida definitivamente por el Tratado de Versalles del año 1783.

CUARTO VIAJE

SANTA LUCIA.—Llegó Colón a esta isla el 15 de julio de 1502. Los británicos se establecieron en ella un siglo después de descubierta, pero tuvieron que abandonarla. Disputada por los franceses e ingleses durante muchos años, fué declarada, para evitar luchas, territorio neutral. Finalmente, en 1814 fué declarada colonia británica.

MARTINICA.—Aunque avistada por Colón en su segundo viaje, no llegó a sus costas hasta el 15 de junio de 1502, al efectuar su cuarto viaje por aquellos mares. Iniciada la colonización por el francés Denambue en 1625, fué disputada a los galos por los británicos, siendo reconocidos los derechos franceses en 1815.

TIERRA FIRME.—El litoral de América Central fué descubierto por Colón bordeando toda la costa atlántica que hoy corresponde a Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. La América Central formó parte de la Capitanía General de Guatemala, dependiente del virreinato de Nueva España hasta el movimiento de independencia americana.

Entre las tierras pertenecientes a los dominios de Nueva España figuró lo que hoy es Belice. En el Tratado de Versalles de 1783 se estipuló la zona costera comprendida entre los ríos Sibun y Hondo, que podía ser explotada por los colonos británicos. Fué integrada a la Corona inglesa en 1871, figurando bajo el nombre de Honduras británica.

Estas son algunas de las peripecias históricas que, resumidas brevemente, llevan las tierras que fueron descubiertas directamente por Colón y que ahora se mecen en el oleaje político del mundo actual. Reconocen a su descubridor y esperan la ventura de los tiempos.

La empresa colombina fué obra universal de España, como fruto de su unidad. Cumplió su destino al descubrir y conquistar un mundo nuevo, dándole la fe católica y la galanura de sus nombres, algunos ya olvidados. Hacer memoria en esta fecha es bueno.

EL MEXICO DE HOY

Por JAVIER M. DE BEDOYA

MÉJICO es uno de los pueblos más fuertemente hispánicos que en el mundo existen. Más del sesenta por ciento de los 19 millones de habitantes es fruto del cruce de los elementos indígenas y de los españoles; y si a esta ancha base se le añade otro diez por ciento de descendientes puros de españoles, podrán fácilmente comprenderse las infinitas raíces que allí tiene la sangre fecunda de España. Pero este dato sería poco importante si a su lado no hubiese, como los hay, lazos de orden superior. Méjico es realmente hispánico en su espíritu, en la manera de reaccionar, en sus costumbres. Un escritor norteamericano que distingue a España con un desdoro resentido reconoce que el entramado del bloque mejicano es de naturaleza hispana: «Tres grandes fuerzas centripetas mantienen unida a esta masa: la raza, la lengua y la religión. La primera es el hecho histórico de la dominación española que existió bajo la dominación española desde 1521 a 1821; la segunda es el poder que tiene la Iglesia católica, apostólica, romana sobre casi todas las clases del pueblo; la tercera es el idioma español.»

Méjico ha llenado siempre con exigente consciencia la misión áspera de frontera de Hispano-América. En esa brega perdió California, Texas; vió a Pershing penetrar en su territorio y a la Escudra norteamericana bombardear Veracruz. Hoy, aun cuando Méjico ha sabido imponer unas relaciones de mejor tono con su vecino del Norte, continúa siendo, no sólo raya limitrofe de una cultura, sino perfecto muro de contención frente a otra más rica en elementos materiales de penetración. Bien vale la pena, por tanto, dedicar a la compleja situación actual de Méjico alguna atención, a fin de no equivocar actitudes oficiales con fusas con el gran pueblo que alienta tras las apariencias del artificio político y que continúa fiel a su vieja tradición. Pero aun la simple consideración del panorama político mejicano resulta interesante, sugestiva y en ningún modo desconsoladora.

EL PARTIDO DE LA REVOLUCION MEJICANA

La prolongada dictadura de Porfirio Díaz, que subió al Poder con el lema de «no reelegibilidad del Presidente» y permaneció desde 1876 a 1911, provocó una reacción de carácter general, de esas que, a falta de razones claras, se apoyan en la «saturación del ambiente» por la reiterada persistencia de un personaje político. La revolución de 1911 tenía en el trasfondo un anhelo de reforma social frente a un feudalismo agrario realmente existente y un afán de régimen más institucional.

El movimiento revolucionario era tan amplio que en su seno existían los más variados matices. El hecho indubitable es que desde entonces nadie ha podido gobernar, ni podrá en bastante tiempo si no se encuentra en mayor o menor grado entroncado con los días de la Revolución o con sus agitadas manifestaciones posteriores. La Revolución mejicana de 1911 ha sabido crear un exclusivismo político en beneficio de sus seguidores, y a los trein-

ta años de haberse producido permanece inalterable como obligado punto de partida de toda la vida pública mejicana.

Hubo un período de guerras civiles, que terminó en 1920, consecuencia del triunfo de un movimiento revolucionario poco organizado: todos habían luchado por la Revolución, pero nadie admitía una jerarquía de valores. Desde hace veintidós años el partido oficial, el P. R. M., impone tranquilamente sus directrices y tinglado al pueblo mejicano, que lo admite como algo que está por encima de las discusiones. Sin embargo, como le sucedía al radical socialista francés, a fuerza de tiempo la «falsedad» adquirida por el Partido Revolucionario Mejicano es ya tan grande que, sobre la tónica común de su programa, caben las interpretaciones más opuestas: Calles fué un sectario antirreligioso y conservador en lo social; Cárdenas, tolerante en lo religioso, gobernó en socialista estricto; ahora, Avila Camacho cifra su idea revolucionaria en la implantación de un liberalismo efectivo, individualista.

EL PRESIDENTE AVILA CAMACHO

De una familia de origen español por

bras conciliatorias, incluso proclamó en forma pública que era católico, declaración excepcional, nunca oída desde 1911 en labios de un político mejicano.

JOSEPHUS DANIELS

Coincidiendo con la entrada en el Poder de Avila Camacho, el eterno embajador de los Estados Unidos en Méjico, Josephus Daniels, renunció a su cargo diplomático, dejando así vacante un puesto que durante algunos años ha tenido consecuencias funestas, en lo que a Méjico se refiere, tanto en lo político como en lo religioso.

«La Voz» de San Antonio de Texas comentó en su día este acontecimiento de la siguiente manera: «Mr. S. Daniels se ha dado cuenta de las corrientes conservadoras que hoy circulan en toda la República, y ante tales hechos su representación diplomática, por su ideología abiertamente izquierdista y anticatólica, era ridícula y tal vez peligrosa. Daniels, representante en México de la masonería estadounidense, aprobó con satisfacción la persecución contra la Iglesia y todos los vejámenes por los que pasaba el pueblo mexicano. Ahora todo México pide para

En segundo término, la revisión del Código de Trabajo prohibiendo las huelgas ilegales.

Y, por último, la asignación de carácter vitalicio a los jueces que eran nombrados por períodos de seis años renovables.

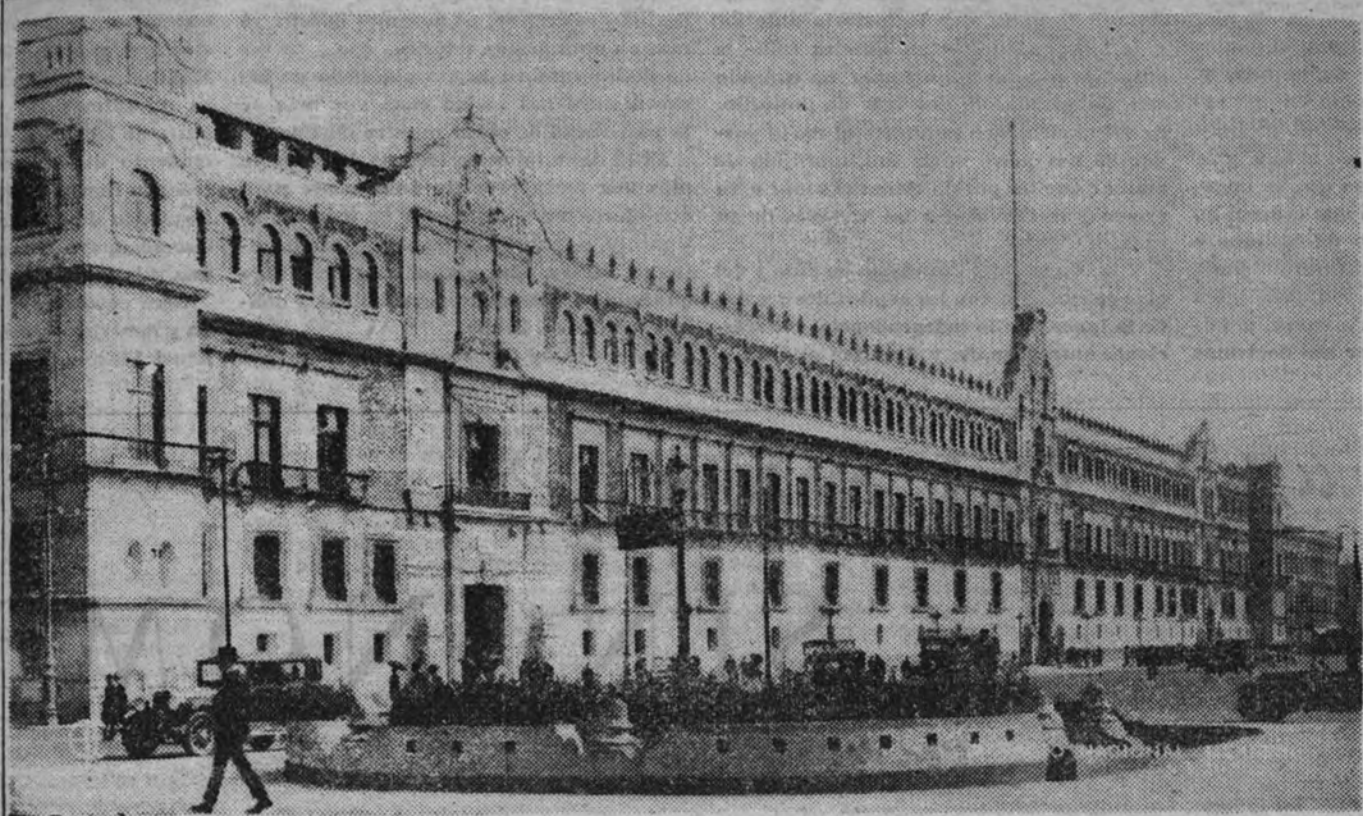
EL EJIDO

Al pie de la letra, ejido significa «salida», y tiene su origen en la época de los aztecas, cuando los clanes poseían tierra en común, que como se hallaba, por lo general, a «la salida» de los poblados, mereció ese nombre usual. Los campesinos aztecas trabajaban juntos la tierra común y se repartían equitativamente la producción. La Revolución mejicana trató de resolver el problema de la tierra resucitando el ejido. Notable error que ya por dos veces ha causado la ruina social en otro gran pueblo: en Rusia. Cuando Alejandro II, en 1861, liberó a los campesinos rusos de la servidumbre para atender a su subsistencia, expropió tierras a los nobles terratenientes, pero cayó en la equivocación de no entregarlas a los campesinos individuales, sino a los agrupados en colectividades llamadas «obshchina» o «mir», transformando la tierra en propiedad colectiva. Desde entonces los «mujik» clamaron por sacudir el yugo del «mir», y sólo un político zarista comprendió este anhelo constructivo. Pero Stolypine — que así se llamaba el autor de la reforma agraria de 1906 — murió asesinado, y con él su ley. Los «mujik» derribaron el Imperio que no les daba acceso a la propiedad privada, condenándoles a la propiedad colectiva. Mas de la caótica Revolución de la postguerra rusa surgió el comunismo, y el campesinado ruso pasó del «mir» a la «granja colectiva» sin ver realizado su sueño de ser propietario de la tierra que venía labrando.

La Revolución mejicana defraudó por igual a los campesinos pobres otorgándoles tierras en régimen socializado. Por eso el gran acierto de Avila Camacho ha sido ordenar «que en lo sucesivo se dé a los campesinos título individual por la tierra que trabajan en los ejidos», que es lo mismo que acabar con la idea comunal del ejido para pasar a una realidad de signo contrario.

RELACIONES CON ESPAÑA

Como un lastre desgraciado de la anterior situación política — el socialismo de Cárdenas —, las relaciones diplomáticas con España están cortadas. Periódicos, personalidades, centros económicos y culturales piden con frecuencia en Méjico el arreglo de ese pleito pendiente. El gran semanario «Hoy», orgullo de la Prensa mejicana por el alarde técnico que representa cada número, decía hace poco, abogando por la reanudación de las relaciones diplomáticas con España: «Es tan obvia la conveniencia, que queda fuera de discusión. España es la madre indiscutible de México, hablamos su mismo idioma, y sus tradiciones e ideales coinciden con los nuestros.» Precisamente por esta coincidencia, en el día grande de la Hispanidad no hemos querido olvidar a Méjico.



Palacio presidencial de Méjico

todos los costados es el actual Presidente mejicano. Ha crecido en una casa solariega con cuatro siglos de existencia, y su medio ambiente hogareño fué siempre po-

mo de finas esencias tradicionales. En 1913 la calle era revolucionaria. Habían transcurrido veinticuatro meses desde la caída del dictador Porfirio Díaz, cuando Avila Camacho, con quince años, se alistaba voluntariamente en el nuevo Ejército. Estudioso, reservado y organizador, llegó a comandante de un regimiento de Caballería en 1930, comandante de la zona militar de Tehuantepec en 1932, al Estado Mayor en 1935, y ministro de la Guerra en 1938, candidato a la Presidencia en 1940. Sin estridencias, sin destellos, equilibrado y sereno, hace su carrera tan gradualmente que ha merecido de sus enemigos personales el remoquete de «el soldado desconocido», y él, volviendo la oración por pasiva, en un Méjico lleno de «generalitos legendarios», se enorgullece de la discreción que preside por entero su vida.

Aun cuando fué el candidato a la Presidencia del partido oficial, y, por consiguiente, contaba con el apoyo incondicional de las izquierdas, no tuvo inconveniente en apelar a las derechas con pala-

sustituírle un embajador norteamericano católico.»

En efecto; la actitud religiosa del nuevo general Avila Camacho valieron palabras muy esperanzadoras de monseñor Luis Martínez, arzobispo de Méjico: «Estoy seguro que la libertad de conciencia y la paz religiosa que tanto han progresado durante el gobierno anterior no solamente se mantendrá en el nuevo período presidencial, sino que también se consolidarán y perfeccionarán. Llamo particularmente la atención al hecho de que el general Avila es el único Presidente de México, en muchos años, que ha declarado pública y enfáticamente que es católico, así como también ha reconocido que el pueblo mexicano tiene ciertas necesidades espirituales que sólo pueden ser satisfechas mediante la libertad religiosa.»

RECTIFICACIONES DE FONDO

La presencia de Avila en la más alta magistratura mejicana ha determinado además otras variaciones de rumbo.

Señalemos en primer lugar la devolución al control del Estado de los ferrocarriles de Méjico, que habían pasado a poder de los propios obreros con un resultado catastrófico.

Por JUAN CARLOS DE GOYENECHE

Se complace hoy SI en presentar en sus columnas al escritor argentino Juan Carlos de Goyeneche, director de la revista "Sol y Luna", una de las más importantes de las que hace la generación joven y de las más conocidas en España, donde tan poco, y a veces tan mal, desgraciadamente, conocemos el esfuerzo intelectual de los americanos que hablan nuestra lengua. El artículo de Goyeneche, poco menos que dictado al linotipista a última hora de la tarde de ayer, es muy suficiente por su claridad y cohesión, y por la hondura de su idea, para que nuestros lectores falangistas sepan a qué atenerse con respecto a una de las plumas más vigorosas que hoy ordenan la cultura hispana sobre el mundo.

LAS fechas históricas, cuanto más importantes, más riesgos tienen de interpretaciones falsas o de juicios incompletos, que es otra forma de falsear la verdad, quizá la más peligrosa cuando ella pretende encerrar en una verdad a medias todo el conjunto de la verdad total. Y pocas fechas tan falseada, desteñida y olvidada como ésta: 12 de Octubre de 1492, en que la historia del mundo quedó dividida en dos partes: un antes y un después; y a cuya vera la crónica del heroísmo se duplicó en ejemplos y la sed de almas alborotó de ansias las selvas vírgenes y las montañas sin límites para abrir un sendero de esperanza en las tinieblas de tantos corazones sin rumbo.

Hasta el siglo XVIII, más que la alabanza que merecía tal empresa, el pueblo español vivió la voluntad de hacerla, y, como pueblo fiel, no se alejó de los caminos que le señalaba el mandato de Dios.

Más tarde los intereses de afuera y la inquietud de las conciencias que se negaron al reposo de la verdad que ordena, no pudiendo soportar el peso de historia y de futuro que el Descubrimiento de América llevaba consigo, se dieron, con lógica metalizada y ambiciones de usura, a falsear su sentido y a deslizar sus doctrinas

por la puertecilla que dejara entreabierta la honrada ingenuidad de nuestros pueblos. De esta manera lo que no pudo hacer en el mundo hispánico la punta de lanza de la herejía, que abrió honda brecha en el cuerpo de la Cristiandad cuando los últimos resplandores de la Edad Media se extinguían, lo consiguió el liberalismo deslizando su gusano—lento y eficaz—por esa misma brecha para que carcomiera por dentro lo que nunca hubiera podido vencer de frente.

Y desde entonces España y América comenzaron a vivir de espaldas el dolor de oír que voces españolas condenaran el sentido esencial de todo lo español. Y así nos acostumbramos—nosotros, americanos—a considerar nuestro pasado remoto como algo distante y muerto, y la historia anterior a la independencia—tan nuestra como la posterior—comenzó a tomar un cansado color indefinido, un desvigor de pretérito, de tal manera que perdimos el norte porque se nos privó de la única brújula de marear que un pueblo tiene: el amor a su origen y la fidelidad a las virtudes de su raza.

Y más adelante, cuando de un lado y del otro se extinguieron los explicables recelos de la lucha por la independencia, las relaciones entre España y América se reduje-

ron a simples torneos de cortesía, sin ninguna emoción de vida actual, o al estudio de la historia común por unos cuantos especialistas, curiosos del pasado, pero sin cuidado ni congoja por el porvenir.

Pero hoy, en que comienza a desvanecerse—definitivamente—la cortina de humo del desorden liberal, hemos podido descubrir, España y América, que descendemos de reyes destronados, de una casa ilustre, y de un linaje que es el mejor linaje, porque siempre floreció en su escudo de armas y en sus obras un himno de alabanza a la gloria de Dios, que no es otro el fin de toda criatura, sino ese: darle gloria a su Autor y ser fiel a su divisa.

De manera que en estos tiempos que vivimos, en que preocupan como nunca los destinos colectivos, no podemos insistir ya más en optimismos retóricos que a fuerza de distraernos en la complacencia de las evocaciones nos alejan cada vez más de la posibilidad de obrar nuestro destino.

El 12 de Octubre de 1492 no debe ser ya más una fecha propicia únicamente para recordaciones y discursos, un tema de literatura, o el apoyo de un orgullo sin impetus de futuro, sino, por el contrario, algo que hable a nuestra responsabilidad y obligue a nuestro ánimo.

No nos baste descansar en la seguridad

de que el mundo hispánico cuenta con una de las más gloriosas tradiciones de la civilización occidental, porque igualmente brillantes las hubo, a las que la Historia hoy recuerda como hechos definitivamente consumados; ni esperemos tampoco triunfar en nuestra lucha por inanición del adversario, sino por victoria propia.

Y la victoria sólo la podemos lograr con el conocimiento del campo de batalla y del soldado que a nuestro lado lucha. Porque mientras tengamos, unos de otros, una visión impedida por la distancia y desdibujada por la niebla, sólo construiremos planes propicios para que imperen los extraños.

Es por eso que una nación que se fortalece, como la Argentina, o una nación que se recupera, como España, o una nación que padece—sin ceder jamás—como Méjico, no actuarán nunca adecuadamente en un intento de resurgimiento total si antes no logran el mutuo y profundo conocimiento de las realidades actuales que creen la fuerza centripeta que en el mundo hispánico de hoy una y equilibre todo lo que se apoya en los valores comunes de una misma tradición.

Será entonces el encuentro entre España y América más definitivo y glorioso que aquel 1492.

AL "INDIANO" SIN NOMBRE

Por VICTOR DE LA SERNA

ES costumbre en este día, que los escritores de ambas orillas de lengua española se lancen sobre los majestuosos temas heroicos en prosa y verso, a mayor gloria de la Gran Aventura y en los altos tonos que cuadran a la fecha. Yo lo he hecho también; y confieso que al encaramarme con la gigante realidad de la multiplicación del mundo por dos, he procurado tensar el estilo hasta donde me daba de sí, sin que se me rompiera entre los puntos de la pluma.

Espero que en la gran orquestación de estas páginas otros cumplan con el rito del día, y el mejor castellano de nuestro tiempo haga cantar a las columnas de este número como el viento del Este hacía cantar a la jarcia de cáñamo andaluz en las tres naves.

Yo pido para mí el humilde puesto del tono menor. Voy a hablar del indiano. El indiano a quien mi paisano D. José María de Pereda, por no sé qué complejo de hidalgo puntilloso, no tomaba demasiado en serio.

El indiano, como todo el mundo sabe, es el español de origen modesto que emigra a América en busca de fortuna. Algunas veces la hace. La mayoría de las veces sucumbe. Y de este, del que sucumbe, es del que yo quiero hablar en este día en que tantas glorias se conmemoran.

Hay al otro lado del mar unos cuatro millones y medio de españoles. En la ciudad de Buenos Aires solamente, la quinta parte de los jefes de familia son españoles de nacimiento. De estos hogares han salido las minorías dirigentes de uno de los pueblos del mundo que más abren el pecho de la Humanidad a la esperanza. En el resto de las anchas Américas, cientos de jefes de empresa, de militares, de técnicos, de literatos tienen, por lo menos, tres abuelos españoles.

Todos son, ellos mismos, o lo han sido sus padres, de los fieles a un mandato del destino. Cuando Europa, envejecida, entregada a una decadencia senil, iba perdiendo, lustro a lustro, el brillo juvenil, la tersura espiritual y la vital alegría de lo auténtico, ellos buscaban la pura verdad de América, porque el español ha amado siempre las transparencias, los claros perfiles, los términos elementales.

Por fidelidad a este mandato, millones de hermanos han perecido. De su desgracia ha nacido al otro lado del mar un sentimiento que parece poco español a gentes que nos conocen superficialmente: el sentimiento de la solidaridad. Dicho con claros términos cristianos, el sentimiento de la caridad.

Probablemente no existen en el mundo instituciones más perfectas que las ins-

tuciones benéficas que sostienen las comunidades de españoles en América. La mayor, según creo, es la de la Asociación de Dependientes de Comercio de la Habana, cuya "Quinta de la Concepción" era hasta hace muy poco tiempo el mejor sanatorio que existía en la América de lengua española.

El pobre indiano "de la maleta al agua", es decir, aquel a quien ha maltratado la caricatura de escritores y comedistas porque regresaba a su Patria con pobreza y la disfrutaba con orgullo, como el hidalgo de "Lazarillo", y que volvía a América de nuevo con un gesto heroico de quien se juega el todo por el todo, ya enfermo y maduro; ese indiano que a veces tenía que dormir en los bancos del Malecón o en los tinglados de "la Boca" y al día siguiente estraba su ropilla por no entregar su orgullo entre los polacos y los sirios mugrientos; ese indiano que se quitaba los centavos de su bolsillo para que su nombre figurara en la suscripción para regalar a su pueblo una escuela o una bandera de combate a un crucero español; ése, y cuatro millones como ése, el que más con una bodeguita o un "empeño" o un puesto de "manís", son los que han dado al mundo el más hermoso ejemplo de caridad que se haya conocido colectivamente. Cuando oigo hablar de la in-

solidaridad de los españoles, el ejemplo de nuestros compatriotas en el desierto me hace pensar si efectivamente es España el país menos conocido del mundo, incluso por los españoles.

Gloria cien veces al prócer español que triunfa en la tremenda batalla de las competencias de América. Para él las mejores plumas de España. Dejarme a mí entonar esta canción menor, llana y paladina, al indiano sin nombre, al que vaga por las ciudades anchas, por las sábanas infinitas, por los ríos como mares, por las cordilleras azules, por las "chacras" y las "reducciones", como un pájaro perdido, con la pasión de España golpeándole en las sienes febriles. Dejarme a mí cantar la gloria oscura de ese que agoniza en una cama virginal de un hospital claro y lleno de sol porque la caridad de sus hermanos le ha rescatado de la muerte en la noche. En sus labios—leed esto sin sonreír de la sencillez ingenua de mis palabras, porque esto es muy serio—España ha recobrado muchas veces sueños que parecían perdidos. Porque cada uno de esos que sucumben así ha soñado muchas veces con la Fortuna, pero jamás ha dejado de soñar en la Patria. Cuando no la pudo dar "centenes" ni "bolívares" ni "hidalgos" le dió una calderilla que a los ojos de la Historia es oro, tan bueno como el de los galeones del señor Virrey.

EN EL BALCON DE LA CASA NATAL DE GARCILASO EL INCA

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA



El Presidente del Perú

CENIDAMENTE rondamos siete días con sus siete noches a la ciudad. «Nacen mis fundadores —nos está diciendo— en el lago Titicaca, que es el lecho nupcial del Sol y de la Luna. Son —ya lo sabéis— Manco Capac y Mama Oello. Es para nosotros Manco Capac como una encina de mil años a cuya sombra transcurren nuestros anales. Sé como vosotros vivir del perfume de un vaso vacío o del centelleo de una estrella que se ha apagado. Doce monarcas se suceden desde Manco hasta Ifuayna Capac, que es nuestro Augusto, pues que consolida la grandeza incaica que han forjado Pachacuti, novena emperador, y su hijo.

La Monarquía, que nace del celeste himeneo en el lago, abarca bajo el noveno rey, por el Norte, hasta el Cauca, que es hoy de Colombia; por el Sur, hasta el río Mauli, que separa los confines meridionales de Chile del país de los araucanos; por el Oeste, hasta el Pacífico, y por el Este, hasta más allá de las regiones trasandinas, con las pampas del Sacramento y las tierras del Amazonas hasta el Brasil. Lo que los cuatro ríos del Edén eran para mí los cuatro caminos hacia el Imperio del que fui desde mi Capitolio, al pie de mi ciudadela, el corazón cargado de enigmas. En el quechua que ha brizado aquí tantas cunas he escrito lo que Séneca en latín sobre la conjura de los dioses burlescos. Si ellos nos dieron, ellos después nos quitaron y somos al fin la sombra de lo que fuimos. En el ladeo de hombros ante el destino, cuando no en la larga larguitería, ¿quién os gana? No yo, que todavía no me resigno a no ser lo que era. ¡Mal haya la guerra civil que dislaceró mi carne con su espada cuando los hijos de Huayna Capac, Huascar y Atahualpa, se dijeron: «Los dos no cabemos en la tierra». Era en 1525, y Pizarro, con sus españoles, estaba ya en el Perú. ¿Quién era aquel, decidme, que se jugó las torres de Nuestra Señora de París, a un caballo de copas? ¡Ah, si fué un héroe de Pavia, inventor, por cierto de una estocada y de la melancolía francesa! Pero aquello fué una facecia para alrear el penacho, pues que las torres siguen allí dando quehacer al viento. En cambio aquí un español, Manso Sierra de Leguisano, se jugó a los dados de verdad el gran sol de oro del Coricancha, que era para mí más que todas las torres de Francia. Se lo jugó a los dados y lo perdió, y yo lo vi con ojos de piedra que no querían ver. Bien es cierto que donde el disco de oro más grande del orbe daba su resplandor nos da ahora su luz gloriosa la Sagrada Forma.

Nos disteis más que os dimos, pero más que nos amasteis os amamos. Porque mucho quiero al Sacsasayhuamán que se yergue en el cerro de San Cristóbal, y que es la obra mayor del hombre antiguo de América. Así me lo dijo Hiram Bingham, director de la Exposición Yale-Peruviana al Cuzco el año 1912, y Markham había dicho más. Siglos antes de Markham,

vuestro Tirso, en la segunda jornada de «La Lealtad contra la Envidia», requebró a mi Sacsasayhuamán, sin haberlo visto, con estos versos tórridos:

*La fortaleza que del Cuzco asilo
de todo el orbe asombró
avergonzó pirámides al Nilo [bre.
y, como Atlante, al cielo arrima al hom-*

Que nadie me cercene una piedra de mis baluartes, ni de mi plaza Mayor, ni de mis viejos barrios, como el «Pumacurcu», que es atadero de leones; el «Chaquilchaca», que es puente de algas, o el «Coll-quemachacuay», que es mi «serpiente de plata». Pero más son también las piedras españolas, que manan aún decoro.

Donde fué el Coricancha se erigió el convento de la Orden de Santo Domingo, y al palacio de Viracocha siguió la Catedral, como al Suntuhuasi la iglesia del Triunfo y al Amarucancho, del linaje de los Huayna, la iglesia de la Compañía. Para Francisco Pizarro fué, porque dados y dados se combinan bien a veces, el palacio de Pachacutec, y para Gonzalo el de Cora Cora, de la estirpe de los Inca Roca, y para Diego Maldonado, «el Rico», el del Inca Yupanqui, y para Altamirano, Frias y Cazalla el de Pucamarca. Míos son ese palacio del presunto Almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, y que fué, en realidad, si primero de un Maldonado de Alderete, después del General de la Mar del Sur, D. Gabriel de Castilla y Mendoza, sobrino y cuñado del virrey D. Luis de Velasco. Míos son el palacio de los Cuatro Bustos, y la casa del conde de Vista Florida, donde residió el Intendente del Cuzco, D. Martín Pío Concha, y la antigua residencia de los Valleumbroso, y la de los marqueses de Rocafuerte, y la del cronista Díez de Betanzos, y la de San Borja, antiguo colegio de la nobleza incaica, que alojó en 1825 a Bolívar, y la que veréis en la plazuela de las Nazarenas, que perteneció a la familia de Jerónimo Cabrera, fundador de la ciudad argentina de Córdoba. Mías son entrañablemente esas casas, con sus pinturas cuzqueñas al oro, sus vargueños, sus guadamecies, sus fanales o sus arcos, en las que, según Aurelio Miró Quesada nos dice, se encuentra a veces, entre aromas de sándalo y crujido de sedas, la ampulosa montaña de las colgaduras para el Corpus. Pero de las mansiones todas del Cuzco la que es más mía es la que está en la confluencia de las calles de Coca y Heladeros, la que fué primero de D. Francisco de Oñate y un siglo después de D. Vosco de Valverde de Contreras.

En esa casa nació Garcilaso de la Vega, el Inca, hijo del capitán del mismo nombre y de la fiusta Isabel Chimpú Oello, sobrina de Huayna Capac y nieta del em-



perador Tupac Yupanqui... El capitán Garcilaso de la Vega era, como sabéis, de Badajoz; hijo de D. Antonio Alonso Henestrosa de Vargas, señor de Valdeavilla, y se ufana de descender por línea de varón de un hermano de Garcilaso de Vargas, brazo fuerte de San Fernando en la reconquista del solar andaluz. Era abuelo suyo, además de del conde don Gómez Suárez de Figueroa, tronco de la casa ducal de Feria, D. Lorenzo, el maestro de Santiago, antecesor de la misma, y la hermana de D. Inigo López de Mendoza, progenitor de la del Infantado. No es el capitán Garcilaso el único que se des-

posa con princesa incaica, ya que tres hijas de Huayna Capac se unen con vuestros capitanes: Beatriz Nusta con Manso Sierra de Leguisano, el que jugó el sol de oro del Coricancha; otra Beatriz Nusta con Martín de Mustincia, primero, y con Diego de Hernández, después, e Inés, por sacramento de la mano izquierda, con Francisco Pizarro, al que da dos hijos. Una sobrina de Huayna Capac, Francisca Nusta, casa con Juan de Collantes, y resulta abuela de Piedrahita, historiador y obispo, como Angelina, hija de Atahualpa, se casa con Juan de Betanzos.

En esa mixtura de sangres, que los genealogistas del Perú, como los vuestros, han pasado por sus alambiques, reside el hechizo que en los «Comentarios Reales» es tan envolvente. La capacidad de embellecer de este libro es una, y no la misma, en las cuatro estaciones de la vida. En todo gran brebaje deben mezclarse especies muy distintas, enseñaba aquel Enrique de Villena, que era un poco mago.

Visitad la casa del Inca, que es de todos mis hijos el que, con su doble sangre, se parece más a mí...

Obedientes a la voz de la ciudad, que aprendimos a oír en los siete días con sus siete noches en que la rondamos, vamos a la casa natal de Garcilaso el Inca, y en el balcón desde el cual el hijo de Isabel Chimpú Oello miraba la ciudad fundada por sus abuelos maternos y refundada para la eternidad por sus abuelos paternos vemos la nieve del Salcantay y el verdor de las colinas del Cuzco. Y abrimos los «Comentarios Reales» y leímos en voz alta ante un cuzqueño con la sal de un sollozo en la sonrisa:

«Yo nací años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciéndolo que las vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas y sin lo que yo vi, ha habido muchas otras relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes; porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscípulos de Escuela y gramática encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los indios hicieron en las provincias de sus madres...»

Y hoy que lo recordamos en Madrid nos penetra con el hechizo de la obra maestra la serenidad de «aquella, nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves».

La embajada del Cardenal Benlloch

(Viene de la página 19.)

amor por aquellas gentes. Les supo hablar apasionadamente y la sangre hispana se alborotó ante el cálido verbo.

De su recuerdo de América escribió Joaquín Arrarás:

«Dejó en su corazón la huella emocional más profunda el viaje a América, aquel recorrido triunfal que realizó cosechando tales laureles y obteniendo tan señalados éxitos, que difícilmente se encuentra nada parecido en los anales del hispanoamericanismo.»

De esta suerte continúa Arrarás rindiendo justo homenaje a hombre tan valioso. El secreto del cardenal fué que habló con el corazón en la mano.

Hablando se entiende la gente; pero a veces hablando se enemistan. España tiene mucho que hacer en América. En sus Universidades, mezclada en armoniosa fraternidad con aquellos que tienen los mismos abuelos que nosotros. Un hombre inteligente como era el Dr. Benlloch, supo conquistarse el amor de América española por obra y gracia de una interpretación actual y correcta de los problemas de allá. Es un dolor la pretensión antiespañola de querer producirse en los mismos términos que en el siglo XVI.

Quiera el Cielo que el gesto del gran cardenal-embajador no se haya perdido para la memoria de los españoles ni de los americanos. «Ubi spiritus Domine ibi

libertas», dijo San Pablo. Esa fué la leyenda que adoptó para su escudo. América y España tienen en esta frase la raíz de todas las identificaciones. Por encima de los hombres, por encima de las pasiones humanas se alzan las flechas agudas de las catedrales coloniales, donde millares de seres rezan en el mismo idioma. Esto sí que es importante.

He aquí algunas frases con el resumen de su ideario:

«Si la púrpura de mis hábitos refleja, ante todo, la Santa Religión—puente divino entre cielos y tierra—, la de mi corazón es el reflejo de esa noble sangre española, tan nuestra como vuestra.» Ante las banderas hermanas desplegadas deposita un sagrado beso, «por parecerse todas el rostro augusto de la Patria». Al recordar nuestros soldados de entonces, dice que se llamaban Cervantes y Garcilaso, y añade que, además de saber vivir la epopeya, sabían cantarla. Y, por fin, «Salve, Hispanoamérica, hija predilecta —veinte veces cristiana, gloriosa y soberana—, que, por obra y gracia del Descubrimiento, puso en nuestras manos el mismo Dios.

Su verbo inspiró al poeta nacional colombiano José Joaquín Casas aquel simbólico terceto:

Españoles de América y España, nuestro «imperio» del alma restauremos. Esta es del Cid la nueva y digna hazaña...

Eugenio SUAREZ

Un siglo de pintura peruana

Por EL MARQUES DE LOZOYA

EN realidad, la pintura peruana comienza al mediar el siglo XVII. Anteriormente, las necesidades religiosas o suntuarias se proveen con la importación metropolitana o con la obra de pintores europeos que se arriesgan a emprender el viaje al antiguo virreinato, que era casi tanto como embarcarse para el otro mundo. Zurbarán y Murillo, Valdés Leal y algún pintor secundario de la escuela sevillana confían sus lienzos a la aventura de los galeones. En Lima pintan, en los albores del siglo XVII, Mateo de Alessio y Angelino Medoro.

A partir de este tiempo, en Lima y en el Cuzco surge una multitud de pintores criollos que no solamente cubren con sus lienzos los muros de los templos peruanos, sino que envían sus obras—con las recuas de arrieros, por caminos inverosímiles—por todo el Continente. Son artifices amanerados, monótonos, que se limitan a copiar cuanto cae en sus manos que pueda traerles algún mensaje de la pintura europea: lienzos llegados de España, cobres neerlandeses, grabados—sobre todo grabados—y dibujos. Ya en el siglo XVIII pintan no solamente los criollos, sino los indios quechuas del Cuzco. Y así nace esa singularísima escuela cuzqueña, que es uno de los más extraños fenómenos de la Historia del Arte. Es una pintura que se relaciona también con la española, pero no con la de su tiempo, sino con las imágenes primitivas que, en original o en copia, alguna vez pasaron a las Indias. Como los primitivos europeos de los siglos XIV y XV, los indios cuzqueños hacen un arte no realista, sino narrativo y ornamental, contando ingenuamente las historias piadosas con un colorido brillante y puro, y con empleo frecuente del oro en los fondos y en el estofado de los ropajes. El ambiente de su ciudad, medio incaica y medio española, era algo análogo al de las ciudades medievales de Europa, y la multitud indígena, nuevamente convertida al catolicismo, sentía los misterios de la Religión con todo el sencillo fervor de que profesaba el pueblo español en los días de la reconquista.

Hoy vamos a ocuparnos exclusivamente de la pintura peruana a partir de la independencia. Perú produce, en este tiempo, grandes pintores, en España casi desconocidos. Ellos mismos conocían también muy poco a España, pero la llevaban dentro, y, aunque deslumbrados por el prestigio de Francia o de Inglaterra, procuraban pintar según las normas de su tiempo en Europa; el alma hispánica que llevaban dentro, les hace expresarse con un acento español que no se advierte en el tiempo mismo de la colonia. En ellos se nota la fuerza expresiva, la sobriedad y la justeza en el color, el honrado realismo y la maestría técnica, que han sido las características, en todos los siglos, de la pintura española. Y por esto, aquellos pintores peruanos que pasaron su vida en rodar por los talleres de París, en el segundo Imperio, o de Londres, en la época victoriana, podrían figurar en nuestro Museo de Arte Moderno sin que apenas un matiz les distinguiese de los andaluces o los valencianos.

La pintura del siglo XIX, en el Perú, la llenan los nombres de dos aristócratas criollos de pura raza española: Ignacio Merino y Francisco Laso. Ignacio Merino, nacido en los últimos años del virreinato (30 de enero de 1827) en San Miguel de Piura, descendía de uno de los hermanos de Santa Teresa de Jesús. Fué toda su vida un hidalgo en su porte y en sus aficiones. Sus padres le enviaron muy joven a París, donde ingresó primero en el taller de Monvoisin—allí sus trabajos llamaron la atención de Luis Felipe—y de

Delaroche. Ignacio Merino es en la pintura peruana el representante del historicismo post-romántico de la mitad del siglo, pero más que sus grandes lienzos de Historia nos interesan sus cuadros de asunto limeño, tan relacionados con los de los costumbristas españoles—Alenza o Bécquer—, a los cuales no conocía. Hay una gracia sevillana o madrileña en sus "Limeños en el portal" y en su "Jarana en Amancaes". Fué también un excelente pintor religioso, a la manera de un Alejandro Ferrant. Vuelto a París, la seguridad de su dibujo y la brillantez de su colorido atrajeron sobre su obra los elogios de críticos tan difícil como Latour y los Goncourt, y las supremas recompensas en las Exposiciones. Murió el 17 de marzo de 1876.

Yo confieso que, en mis visitas a los Museos y a las colecciones limeñas, me ha interesado más aun la obra de D. Francisco Laso de la Vega y de los Ríos, a quien llaman generalmente en Perú Laso o Lazo, nacido en Tacna en 8 de mayo de 1823, de familia emparentada con la más rancia nobleza española. La vida de Laso fué atormentada y pasional, como la de Merino plácida y sembrada de fáciles triunfos. Discípulo de Merino, ingresó, por consejo de su maestro, en el taller de Delaroche, y luego al de Charles Gleyre. Viajó mucho, fué soldado, intervino violentamente en política y, apasionado en todo, se entregó con tal ahínco a la tarea de organizar la Cruz Roja peruana, que en ella adquirió la enfermedad que cortó su vida en 1869. Francisco Laso es, a mi juicio, el primer pintor hispanoamericano del siglo XIX. Sus retratos son maravillosos, dignos de parangonarse con los mejores de la escuela española. Laso fué el primer pintor peruano que sintió la belleza de los temas indígenas y se ena-

moró del pintoresquismo y del esplendor cromático de ponchos, monteras y chullus. Acaso no llegó a penetrar en los profundos caracteres raciales de los indígenas quechuas y aymaras; su pintura, demasado europea, no podía adentrarse en el misterio de las razas vencidas, pero él abrió los caminos de un temario nuevo de inmensas posibilidades. Por la fuerza de su dibujo, por el modelado firme de las figuras, Laso nos recuerda frecuentemente a Eduardo Rosales.

Hubo, pues, en el Perú una escuela de pintura "de Historia" no inferior a la de cualquier país europeo. Continuator de ella fué Luis Montero, nacido, como Merino, en Piura, en 8 de octubre de 1826. Tuvo una vida atormentada, de pintor bohemio. Como un pintor quiteño—Yañez—se negase a darle lecciones de dibujo, comenzó su aprendizaje en la cárcel con un falsificador de moneda. Pensionado en Italia, llega en plena tormenta revolucionaria. Pensionado por segunda vez en Europa, una revolución de su país impide la remesa normal de fondos y le hunde en la miseria. Se defiende pintando cuadros de pacotilla, para consagrar todas sus energías a su gran cuadro "Los funerales de Atahualpa", enorme y famosísima composición que figura en los billetes del Banco Peruano. Murió Montero en el año 1868. El último continuador de este género fué Daniel Hernández, nacido en Huancavelica en 1856. Hernández viajó, como sus antecesores, por Francia e Italia; pero en estos centros buscó sus amistades entre los pintores españoles. Fortuny había vuelto a poner en primer plano la pintura española, y Hernández se somete al prestigio del gran maestro y forma parte de la generación de jóvenes pintores españoles que luchan en París hacia 1885. Pradilla, Villegas, Barbudo,

Domingo y los hermanos Benlliure son sus compañeros de taller. Acaba pintando como ellos, y sus cuadros que representan escenas dieciochescas, páginas de Historia o escenas de género, recuerdan unas veces a Agravat, otra a José Benlliure, y a veces se refleja en ellas el virtuosismo fortuniano. Como todos los pintores hispánicos, fué un formidable retratista. A los setenta años obtenía el gran premio en la Exposición Iberoamericana de Sevilla con su "Pizarro". Hernández fué muchos años director de la Escuela de Bellas Artes de Lima, y su manera renovó el españolismo de las nuevas generaciones peruanas. Murió en 1932.

Dos pintores de temperamento harto diferente se destacan con fuerte personalidad propia en el cuadro de la pintura peruana del ochocientos. Uno de ellos es el popularísimo acuarelista Pancho Fierro, cuyas pequeñas escenas, llenas de viveza y de incorrección, son el mejor retrato de la sociedad limeña del XIX, con sus hidalgos ostentosos, sus tapadas y la turbamulta pintoresca de la plebe mestiza, con sus devociones y sus jaranas, sus pequeños oficios inverosímiles. Se ha comparado a Pancho Fierro con Goya; se parece al genial aragonés en su amor al pueblo, pero no tiene ninguna de sus calidades artísticas. Como pintor, sería vano compararle ni aun con Alenza u Ortego, y su paralelo en España serían las caricaturas picarescas e ingenuas del valenciano Estruch. En la segunda mitad del siglo, nace en el Perú el más elegante retratista de todo el Continente: Carlos Bacaflor, en el cual la elegancia parisina se concentra, más que en los nacidos, en la misma orilla del Sena. Su dulce claro-oscuro y las delicadas veladuras de su paleta le pusieron de moda en la sociedad neoyorkina, y Bacaflor vino a ser el pintor de los millonarios de la Quinta Avenida.

En la Escuela de Bellas Artes de Lima he tenido ocasión de conocer al director de ella, el más interesante pintor del actual Perú: José Sabogal. Nació en la más pura comarca incaica, en las Sierras de Cajamarca, en 1888, pero él se tiene por asturiano, porque lo eran sus padres. Ha viajado mucho por España, y solamente la pintura española le interesa en Europa. Pero Sabogal ha consagrado todo su gran temperamento al tema indígena, riquísimo en valores estéticos. El pintor cajamarqueño pertenece a la generación nacionalista, enamorada de la tradición incaica y empeñada en penetrar el alma misteriosa de las viejas culturas aborígenes. No es posible pintar a los indios con fórmulas aprendidas en París, como lo hacía Laso. Es preciso buscar una técnica nueva que recuerde, si acaso, a la de los primitivos cuzqueños, con un dibujo simple y a la vez expresivo, con los mismos colores del Iris, que el indio escoge para sus indumentos. Esta es la técnica que actualmente predomina en los jóvenes peruanos, entre los que he conocido artistas de gran talento como la pintora Julia Codesido. La Exposición de alumnos de la Escuela de Bellas Artes, instalada en un viejo caserón colonial, me sorprendió por la fuerza enorme de los dibujos de los escolares, no inferior a los de la escuela de Méjico, que tan fuerte impresión causaron en Europa hace algunos años. En ellos se puede encauzar algún día la tendencia, tan propensa a "pastiches" y a imitaciones insulsas de continuar las corrientes raciales en lo que tienen de esencia, prescindiendo de la anécdota tomada del folklore o de los Museos etnográficos. Acaso esta escuela pueda valorizar los tipos, los paisajes y los pueblos del alto Perú, que es acaso uno de los países de la Tierra que ofrecen a los artistas un temario más brillante.

El acuerdo cultural entre España y la Argentina

(Viene de la página 11.)

altas partes, de común acuerdo, tratarán de establecer la reducción de las tarifas habituales de las Compañías españolas y argentinas de navegación, ferrocarriles, aeronavegación, hoteles, etc., con el propósito de promover en cuanto sea posible el turismo español en la Argentina y el turismo argentino en España.

Art. 5.º Organismos especialmente encargados de las relaciones culturales hispanoargentinas en los respectivos ministerios de Asuntos Exteriores de cada una de las altas partes contratantes, procederán al estudio y preparación conjunta de los acuerdos complementarios, que requiere la más eficaz ejecución del presente acuerdo de carácter general, acuerdos complementarios que se celebrarán en cada caso mediante el oportuno canje de notas.

Art. 6.º El presente acuerdo entrará en vigor el día de su firma.

Madrid, 7 de septiembre de 1942.—Por el Gobierno de España, F. G. Jordana.—Por el Gobierno de la República Argentina, A. G. Escobar.

Como se verá, el acuerdo está redactado sobre bases deliberadamente generales, sin fijarse de una manera concreta y definida los detalles de cómo habrá de ser aplicado. Pero importante era la existencia del propio tratado, o sea que hubiera una base legal en que apoyarse para desarrollar toda la labor que de su texto se desprende, porque después, sin necesidad de previo acuerdo, toda la obra que haya de realizarse, e incluso todas las dificultades que pudieran surgir, se resolverían simplemente con un cambio de notas entre los dos ministerios.

UN CONGRESO DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN ARGENTINA

El acuerdo concertado entre Argentina y España, apenas firmado, ha comenzado a dar ya su fruto. Hasta nosotros ha

llegado la interesante noticia de que en Argentina, con motivo del centenario de Nebrija, se prepara para el año 1944 la celebración de un gran Congreso de la Lengua Española, en el que estarían representados todos los países que hablan el castellano. Parece ser que los organizadores tienen el propósito de que este Congreso no quede exclusivamente limitado a los problemas lingüísticos, sino que constituya la más alta expresión de la cultura de los pueblos de Hispanoamérica. A este Congreso—creemos que ya se han hecho determinadas sugerencias—España podría concurrir con una Delegación integrada por las más renombradas personalidades de nuestra intelectualidad. Se aprovecharía la oportunidad para organizar una Exposición del Libro Español en la que figurarían los más raros ejemplares de nuestro tesoro bibliográfico, y quizá se llegara a la reproducción de un pueblo típico español, así como también uno por cada nación representada en el Congreso. En el nuestro sería reproducida con la mayor fidelidad la celda de Santa Teresa, el cuarto de trabajo de Lope de Vega, etcétera, exponiéndose en él colecciones de pintura y muestras de artesanía. También se ha pensado en construir una plaza de toros, en la que se celebrarían diversos festejos taurinos, y una sala de espectáculos, en la que actuaría durante la celebración del Congreso la compañía del Teatro Nacional Español. Por último, se tiene el proyecto de editar quince libros de clásicos hispanoamericanos, con notas de los más destacados escritores, que serían vendidos a precios populares por todo el Continente.

Así, sin discursos altisonantes, sin algaracas ni invocaciones constantes pero inútiles a la amistad, es como se trabaja por el verdadero acercamiento, por la defensa del patrimonio cultural y de las más puras esencias de nuestra raza y de nuestro espíritu.

I PALAZON

"CONQUISTA ESPIRITUAL"

Por M. BALLESTEROS-GAIBROIS

QUÍZAS una de las frases más bellas de la terminología colonial española de los siglos del Imperio es la que tantas veces hallamos contenida en crónicas religiosas, en «cartas anuas» de misioneros jesuitas o en simples relaciones de penetración pacífica: «conquista espiritual».

No hace muchos años nos recordaba un gran hispanista francés—Robert Ricard—en su «Conquête spirituelle du Mexique»—la grandeza de esta segunda línea de combate de España en Indias. Debiera sonrojarnos un poco el haber hecho de las grandes gestas silenciosas de los misioneros españoles un simple tópico y no adentrarnos afanosos y apasionadamente en el conocimiento de lo que fué la conquista espiritual. No es imprescindible iniciar la revisión detallada de los principales jalones de la acción misional y eclesiástica en América, aunque sí convenga tomar pie de su título para un examen de conciencia y un proyecto de actitud hispana.

Lo mismo que las naves de altas cofas y cargado velamen volvían a España después de recorrida mil veces la ruta de las Indias, los españoles debemos regresar también a España—a su historia y su pasado—para encontrar en nuestro propio ejemplo el semillero inagotable de empresas del futuro y en actitudes para el presente.

Entre las primeras cosas que hallamos indudablemente en este retorno a la Patria recobrada es la preponderancia de los factores espirituales en toda acción española. No es nuevo este hecho en nuestro conocimiento, pero indudablemente puede serlo si lo encauzamos por el camino de querer desentrañar qué era entendido por «espiritual» en los momentos imperiales y qué valores se atribuían a toda acción del espíritu. ¿Es una identificación de «alma» y «espíritu», y debemos, por lo tanto, entender por «conquista espiritual» solamente la acción «evangelizadora» y puramente misionera? ¿Es, por el contrario, más amplio el sentido y comprende infinidad de matices y valores de lo espiritual?

Entrando en la raíz de los hechos, no hemos de creer en una mera variante lingüística o en un uso arcaico de la palabra «espiritual». No se trata solamente de conquistar el alma—espíritu—del nativo americano, sino de captarle todas sus potencias y cualidades. Se trata, por lo tanto, de «conquistar» no sólo un alma para Dios, sino también un espíritu para la cultura de España.

Tiene en sí mucha entraña el hecho. Una conquista espiritual descansa fundamentalmente en el logro de la conversión del idólatra a la religión católica y en la educación de los seres que en las tierras exóticas nazcan para hacerle vivir en el seno de la misma creencia. Por este camino, insensiblemente, vemos que la educación no es ya sólo uno de los medios de combate para la conquista espiritual, sino que se convierte en fin. Y entre los que comienzan a leer en las «cartas» o gramáticas en lenguas aborígenes prende no sólo una nueva modalidad de actividad mental—la lectura—, sino también todo lo que ella lleva consigo como parte de una modalidad cultural, no sólo diferente, sino superior a la que poseyeron sus antepasados.

De un motivo original—evangelización—pasamos paulatinamente a fines plenamente culturales—de cultivo del espíritu—, que necesariamente llevan a una educación de los sentimientos y a una identificación del ser captado para la cultura española con los intereses y las cosas de España. Crea la conquista espiritual pro-

vincias enormes de corazones españoles, trasplantando al otro lado del mar el patriotismo de la Metrópoli. Corresponde esta continuada gesta conquistadora al haber integrado de la Iglesia, vehículo de enorme potencia formativa en las colonias españolas. Con justicia dijo Desdevizes du Dezert («L'Eglise espagnole des Indes à la fin du XVIII^e siècle», 1917) que «la Iglesia española de América ha aportado ciertamente a su obra una grande, y en ocasiones incluso heroica, buena voluntad».

Pero los problemas no son tan simples como aparecen a veces en su planteamiento teórico. La población de las Indias no la formaban exclusivamente los aborígenes. Muy pronto se verificó la mezcla de razas y el trasplante en masa de poblaciones metropolitanas, al servicio de las armas, de la misión y de la burocracia. Sobre ellas—en muchas ocasiones estratificadas como clases sociales—ha de verificarse también la «conquista espiritual». Los métodos serán casi los mismos, si bien los objetivos han desplazado su atención hacia otros campos. No es preciso ya convertirlos a la religión cristiana, que poseen, sino sumarlos a la totalidad de común cultural, que sólo se logra por la unidad de los espíritus mediante una acción educacional.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la «conquista espiritual»? Esta cuestión y la de saber si en efecto se realizó la tal conquista son de capital interés para poder entender gran parte de los acontecimientos que conmueven el mundo hispánico desde el primer tercio del siglo XIX.

Hemos dicho que a través de una captación de los espíritus, para la religión primero y por la educación después, se lograba la formación de españoles, no de derecho—por ley de vasallaje—, sino de hecho, por ley de amor. La magnitud de la catástrofe independizante, que, aparte de romper vínculos administrativos y gubernativos, supuso una actitud recelosa y vigilante en los espíritus, ha impedido ver exactamente algunas de las causas que produjeron la escisión. Causas que radican en la falta de tensión de la «conquista espiritual». Veamos.



Se reconocen varias y definidas causas como formadoras del espíritu independizante. Entre ellas no es pequeña—aunque modernamente se le atribuye menor importancia—la de penetración del pensamiento de la Revolución francesa. Otra es la propaganda de los jesuitas expulsados. Ambas reconocen como causa primordial—inevitablemente—la evolución de la posición española ante los problemas del espíritu: Despotismo ilustrado, triunfo de las doctrinas jansenistas, difusión de las ideas francesas prerrevolucionarias. Entrada de todo lo contrario a lo que había significado durante siglos la acción continuada sobre el espíritu, en su doble aspecto religioso y cultural.

Tenemos pruebas, además, de la verdad clarísima del aserto. La conciencia patriótica creada por la conquista espiritual tuvo un momento de dura prueba en que sale triunfante. Napoleón invade España, los reyes han abdicado, la nación se halla sin gobierno. Y las colonias acuden

unánime y entusiastamente a defender la Metrópoli. Sus representantes y diputados forman en las filas de patriotas integrantes de las diversas Juntas. Todo América es una sola llama. La acción elaboradora de conciencias españolas, de corazones españoles, había dado su fruto. Es decir, que, pese a las causas enunciadas, el germen de la independencia hubo de ser cultivado casi artificialmente para que germine con fuerza. ¿Qué mejor ocasión que la Metrópoli desgobernada para adquirir la independencia? A fuerza de hidalgos españoles, los criollos ni en su subconciencia lo imaginan o lo fraguan.

El porqué del estallido total en América de la hoguera independizante, muy pocos años después, ha de buscarse en la entraña misma de lo español. No son los indígenas quienes intentan la expulsión del blanco—como los hindúes en la India—para formar Gobiernos propios, ajenos a todo protectorado o predominio. Son los mismos blancos—y esto se ha dicho mil veces—los que organizan la separación. La fomentan y llevan a cabo casi exclusivamente porque en la Patria que todos habían logrado—Patria nueva—tras la oleada napoleónica no se los tuvo en cuenta. Porque la Puerta del Sol comenzaba a ser el hoyo donde se hundían los Ministerios y donde las muchedumbres también podían darse el lujo de hundir un Imperio.

En este nuestro regreso a la historia de España hemos logrado captar el nuevo concepto—sacarlo a luz—: el de la «conquista espiritual» como determinante, según sea más o menos intensa, de los fenómenos y hechos de la historia más reciente. Intensa labor desde 1517 hasta el final de los reinados de la Casa de Austria; conservación de lo conquistado durante el siglo XVIII, simultaneado con un cese casi total de nuevas empresas. La selva virgen invadiendo los poblados y «reducciones» jesuitas después de la expulsión de la Compañía es el símbolo más exacto de lo que supuso, en este orden de cosas, el final del siglo de la Ilustración.

Pero no se trata de mirar solamente al pasado y de hallar explicación a los hechos que fueron. Esta posición puede ser incluso práctica como aleccionadora, pero aun puede ser más fecunda. Una era nueva se ha iniciado en la Historia del Mundo, y los pueblos jóvenes, dotados de espíritu, formando entidades históricas de enorme amplitud, tienen ante sí los siglos por venir. El pasado nos muestra la eficacia de la «conquista espiritual», que no habla de exclusivas comerciales, de bases navales ni de naciones dominadoras. «Conquista espiritual» que logró el milagro de formar una comunidad de pueblos como no tiene par en la Historia.

Se trata, por lo tanto, de seguir las huellas de los mejores tiempos. Y el camino está marcado en la cultura. Hemos corrido durante decenios el peligro de que el descendiente de criollos, o el indígena, que debe su alma libre y su cultura superior a la gestión espiritual de hombres abnegados de los siglos de oro, pueda preferir en su corazón y en su cerebro al «curaca» primitivo o al «tlacatecutli» bárbaro, contra el español civilizador y al colonizador, por un extraño espejismo puramente geográfico que le hace ver a los aborígenes como «en casa» y a los conquistadores y misioneros como «agentes de fuera».

Sin que haya de llegar la identidad cultural y la comunidad de destino a producir paradojas similares a la de los negros antillanos de habla francesa, que estudian a Vercingetorix—el rubio galo—como antepasado suyo, debe lograrse que desde California hasta Patagonia se tenga como gloria común, por ejemplo, a la figura del Cid, cuyo sepulcro, por fortuna, no puede ser cerrado.

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital autorizado . . . 200.000.000 ptas.

Capital desembolsado . 150.000.000 ptas.

Reservas 100.000.000 ptas.

CASA CENTRAL

Plaza de Canalejas, núm. 1

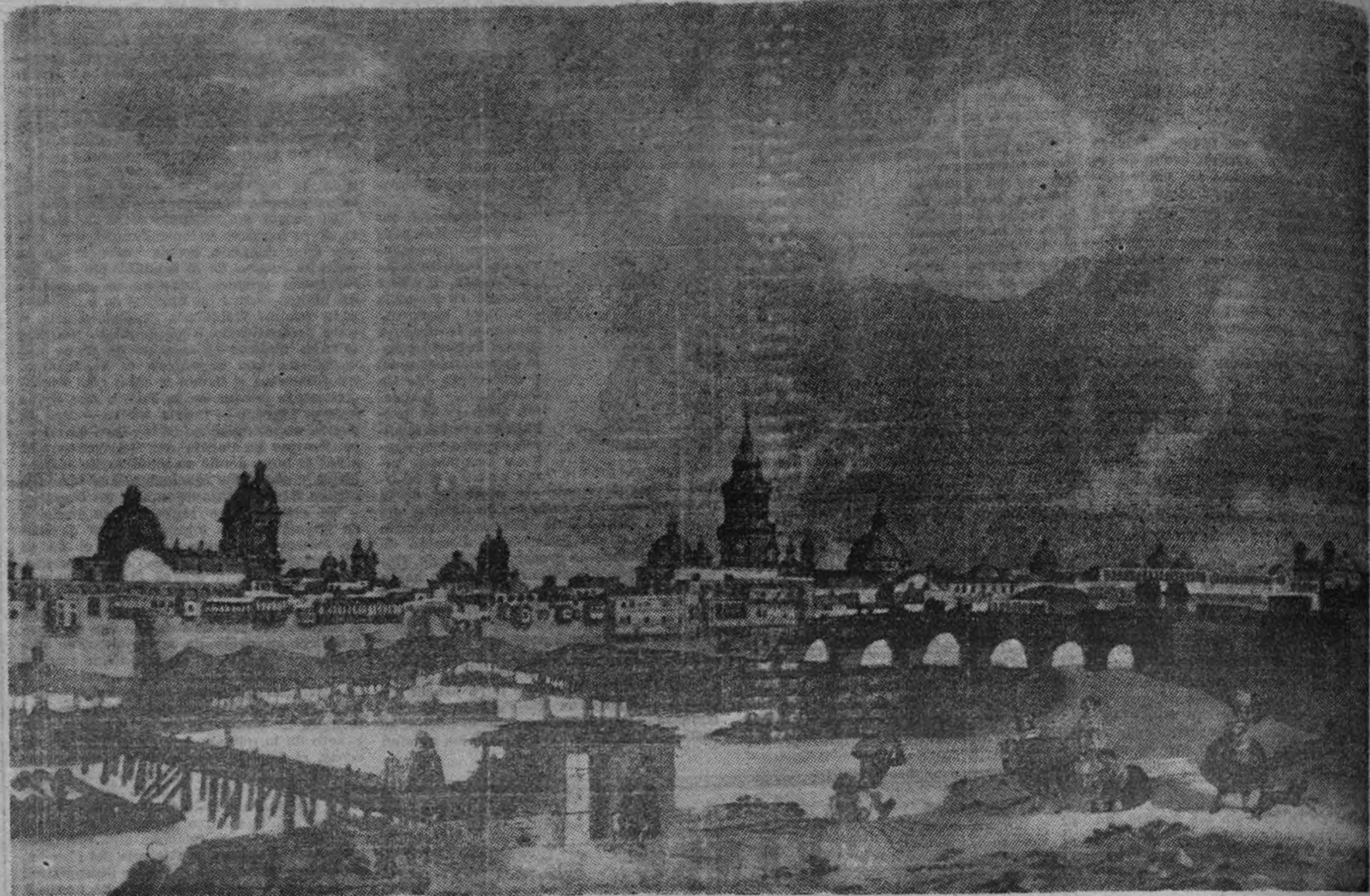
SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 70	P. Emperador Carlos V, 5
Gta. Cuatro Caminos, 1	Duque de Alba, núm. 15
Fuencarral, número 76	Av. José Antonio, n.º 10
Av. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Serrano, núm. 62	C. de San Jerónimo, 20



NOSTALGIA DE AMERICA

Por GABRIEL GARCIA ESPINA



Vista de la ciudad de Lima desde las inmediaciones de la plaza de toros

TODOS los años, en este día 12 de octubre, celebra España la gran fiesta del nacimiento de América. El cumpleaños del gran continente nuevo tiene en el solar materno una íntima resonancia conmovida. En lo que alcanza nuestro recuerdo, esta conmemoración ha pasado por diferentes matices. Antes, banderas, sonetos, discursos..., toda una proyección perfecta del tono político pasado. No negamos la ternura y la sinceridad de aquellos sonoros fuegos de artificio, retumbantes de conceptos bulliciosos y de rimas solemnes. Por debajo de toda aquella farfalleja es posible que corriera también, a su modo, una vena tierna y nostálgica para el enorme recuerdo de nuestra obra pasada. Pero la eficacia no pasaba de ahí, de esa emoción inmediata, como el recuerdo fugaz de una paternidad olvidada. América, España, el idioma, la religión, la cultura... Todo esto se recordaba de una manera mecánica y triste; agua pasada por un grave cauce histórico que había seguido su largo camino ante la decadente impasibilidad nacional, inerte y pasmada, ausente, por fatalismo o desgana, de aquella corriente viva y joven colmada de las más nobles esencias españolas.

Fué preciso que la Historia, con su mano solemne, volviera una de las hojas de su gran libro para que el viejo concepto de América fuese adquiriendo entre nosotros otra más grave profundidad. Hablo por mí, por el cambio que en mí mismo se realizó en estos seis años últimos. Y quisiera que este "nosotros", vaga y tímidamente múltiple, en que escribo, fuese, abarcando con ambición la multitud española, una realidad estupenda.

América, Hispanoamérica, está ahí, con toda su grave y magnífica presencia. Cer-

ca de España, aunque la creamos lejos. Varía y distinta en sus múltiples y soberanas nacionalidades, pero unánime en la filial mirada hacia España, por encima de todas las posibles diferencias del momento.

Mas es preciso conocerla para amarla. Es seguro que la indiferencia de muchos sectores de la vida española hacia el paisaje americano—paisaje físico y del espíritu—procede del puro desconocimiento. El último nudo concreto que teníamos con América se rompió con el siglo. Triste nudo y decadente al que aún se agarraba con afán el ansia postrera de la grandeza imperial española. Sin embargo, fué un hecho natural dentro de nuestra lógica amargura. Desde entonces la pujante vitalidad de aquellos pueblos ha crecido con una cadencia geométrica, y hoy viven una mayoría de edad llena y exacta que enorgullece a España en sus más íntimas fibras maternas.

El dramático vaivén de nuestra guerra me tiró a mí—y aludo ahora concretamente a ese cambio interior que yo he sufrido—sobre el enorme horizonte americano. Viajé, abrumado de recuerdos, hasta un rincón amable y luminoso de Suramérica. Y antes de llegar a mi destino recorrí estupefacto una larga teoría de países con los ojos y el alma abiertos ante aquella geografía apenas atisbada en los libros, que ahora se me ponía cierta y tangible. ¡Ay, la emoción de la primera pisada en suelo americano! A su leve sonido quinientos años de Historia de mi Patria retumbaron gravemente dentro de mi pequeñez humana. Yo los oí, sí; se me vinieron encima con toda su inercia incomparable; yo viví esa historia vertiginosamente, limpio de rencores antiguos, lleno de amoroso desasosiego para todas las realidades ame-

ricanas presentes. Me sentí en mi casa, en mi tierra, en mi ciudad; nada me era extraño, y el latido de mis pulsos—minúsculo latido—marchaba acorde con el aliento majestuoso de aquel otro mundo.

La visión de América para el español que llega abruma siempre con un extraño sentido de responsabilidad. Íntima y lejana responsabilidad que uno se exige a sí mismo inconscientemente, en amorosa requisitoria, sobre la felicidad o infortunio de aquellas tierras, continuación de España y de su Historia. Se quisiera hallar allí la geografía perfecta del paraíso, y es tan grave y hermosa la emoción de la presencia en aquel nuevo suelo, que uno está seguro de haberla hallado.

Nada de aquel soberano espectáculo le causa extrañeza a un español. El paisaje, el aire, el mar, la voz humana, tienen un no sé qué de cosa ya vista y amada antes, mucho antes, en la tierra lejana de la vieja patria.

No quiero referirme aquí a ningún país concreto. Mi nostalgia abarca todo el Continente con una nobilísima ambición sin hombre. Es cierto que vivimos en una época difícil y crítica para el mundo; que hay graves problemas pendientes, ahora más que nunca, para la clara inteligencia entre los pueblos. Pero todo ello lo vence dentro del espíritu del español que ha vivido en América un sencillo afán de limpias soluciones familiares. Trae uno de allá, por breve que haya sido la visita, un magnífico empaque de "indiano" y ese íntimo misterio de la nostalgia. Nostalgia de todo: el amigo, de la canción, del poeta. Regusto inacabable de las tonadas, las cuecas, las marineras, con su viejo sentido musical español devuelto por América con el tierno matiz de sus paisajes. Nostalgia de

aquella literatura donde un grupo de escritores estupendos manejan un castellano deslumbrante. Nostalgia de los ríos enormes y de las cordilleras gigantescas. Nostalgia de lo pequeño y tangible; de la fruta perfumada, del cigarro, del jipi. Nostalgia, en fin, de todo ese mundo enorme, inmediato siempre para nuestro insobornable recuerdo.

Sin embargo, desde aquella ribera se siente también la llamada imperiosa de España. Quizás como desde ningún otro sitio. Es un problema complejo que impulsaría a un intenso ir y venir, a un afán de regreso estando allí y a otro afán de partida estando aquí. Entre esos dos tirones sentimentales, que justifican realmente un parecido amor, vive el español "indiano" su vida de nostalgia nunca saciada, con un interminable deseo de mar, de largo viaje, de llegada. Los conceptos de partir y de llegar tienen en este constante y apasionado deseo un sentido distinto a su corriente aplicación. Son siempre alegría la marcha y el arribo, sea cual fuere la orilla de donde se parte y adonde se llega.

El conocimiento de América es imprescindible para esta gran política hispánica, ahora despierta, como nunca, en nuestras altas esferas de Gobierno. Es la mejor y más clara solución: la presencia. Presencia del español allí, en cualquier latitud americana. Viaje continuo a nuestros eternos y amados recuerdos de Ultramar. Vocación atlántica y marinera para un renovado grupo de españoles, despiertos y sensibles, que sepan inyectar después, también de un modo permanente, sobre el antiguo solar de España, el eterno caudal de la nostalgia.

(Secretario de la Agrupación Cardenal Benlloch)

LA EMBAJADA

BREVE RESEÑA BIOGRAFICA DEL CARDENAL

El Santo Cáliz del Gral, que se conserva en la catedral de Valencia.



El cardenal Benlloch, «Tribuno del Pontificado» y «Señor magnífico de la palabra», como le llamaron los Papas Benedicto XV y Pío XI

EL VIAJE A AMERICA. ITINERARIO

Sello conmemorati-
vo. Correos del Prin-
cipado (1939)

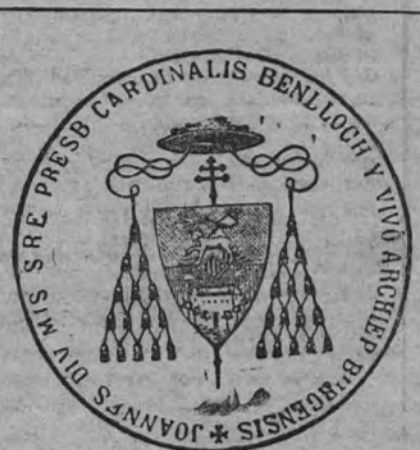
Sello conmemorativo. Correos del Principado (1939)

El 4 de noviembre, al Perú. Isla del Gallo. Pizarro dibuja una raya con la espada, y él, con los trece de la fama, conquista otro Imperio. Santa Rosa de Lima, "flor hispana del jardín divino". "Venimos enviados de la gran Patria de Pizarro, pero no espada al cinto, sino llena la aljaba de flechas de amor de España. Ella me envía su corazón y me encarga

CONCLUSION

Casi no hay más que una conclusión. Y es que desde los tiempos en que éramos imperialistas porque tentamos un Imperio, hasta hace poco, no se ha hecho en América otro gesto más importante, de cara a la Historia. La figura eminente del cardenal Benlloch, demasiado cercana para ser conocida, hizo vibrar la escondida cuerda que late en todo corazón americano. El llegó a la Península herido de

(Pasa a la página 15.)



Sello grande del Arzobispado de Burgos

Los albores de la Prensa en el Río de la Plata

El primer periódico argentino vió la luz en 1781 y se tituló "Noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la Vía de Janeiro"

Por EDGARDO AYUSO

HASTA hace poco tiempo relativamente se creía que el primer periódico argentino era el «Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata» (1801), del que después haremos cumplida referencia. Investigaciones recientes, llevadas a cabo por el bibliófilo argentino D. José Lázaro (1), ponen de manifiesto que el primer periódico publicado en Buenos Aires es de 8 de enero de 1781, con el título de «Noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la Vía de Janeiro». El hecho de que en su primera página aparezca numeración, demuestra que era propósito de sus editores darle una continuidad, que indudablemente tuvo, aunque no mantuviera su título de origen, como era frecuente en aquella época, ni su contacto con el público acusase la menor regularidad. Esta manifestación inicial del periodismo en el virreinato no constituía ciertamente una novedad. Se

NOTICIAS RECIBIDAS DE Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro. Buenos-Ayres a 8 de Enero de 1781.

En la Ciudad del Correo de España y por la vía del Janeiro, se ha publicado el primer periódico argentino, con el título de «Noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro». Este periódico, que se publica en Buenos Aires, es el primero de su género en el Río de la Plata. Su contenido se refiere a las noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro. El periódico se publica en Buenos Aires, y su contenido se refiere a las noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro.

El periódico se publica en Buenos Aires, y su contenido se refiere a las noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro. El periódico se publica en Buenos Aires, y su contenido se refiere a las noticias recibidas de Europa por el Correo de España y por la vía del Janeiro.

Primer plano del primer número del primer periódico publicado en Buenos Aires.

limitaban sus editores a tomar noticias de las «Gazetas» de la Península, especialmente de las de Madrid y Lisboa, «que son las de más reciente data», a reproducir bandos y proclamas de los virreyes, a consignar entradas y salidas de barcos, de igual modo que se hacía en España, y a registrar en determinados casos noticias de significación local. Su objeto principal era mantener el fuego sagrado de la guerra que Carlos III sostenía con los ingleses y excitar el celo del virrey y autoridades militares ante los proyectos británicos de poner pie algún día en las márgenes del Río de la Plata (como efectivamente ocurrió en 1806 y 1807 al ocupar Buenos Aires y Montevideo con el pretexto de impedir una posible expansión napoleónica). Estos sucesos tuvieron, como se verá después, indudable repercusión en el desenvolvimiento de la Prensa en Argentina y Uruguay. Ese primer ejemplar de las «Noticias» relata la captura de un convoy inglés compuesto de 52 buques y la fortificación de las Filipinas ante el temor de un ataque británico que, efectivamente, llegó a consumarse.

Al decretar Carlos III, en 1777, la expulsión de los Jesuitas, interrumpiéndose súbitamente la formidable labor que aquella Orden desarrollaba, hasta el punto de quedar totalmente desarticulada durante muchos años la obra civilizadora que siguió a la Conquista. Dispersos los religiosos, fue preciso el dislocamiento de sus instituciones. En este caso concreto, todos los enseres de la «oficina» de imprenta establecida en Córdoba del Tucumán en 1766 en su famoso Colegio de Monserrat, fueron trasladados a Buenos Aires por orden del virrey Vertiz, que adscribió aquellos materiales a la Casa de Expositos, surgiendo entonces la «Imprenta de los Niños Expositos». El historiador chileno Toribio de Medina cuenta que aquel taller costó 1.000 pesos, que tenía 111 arrobos y 10 libras de hierro y que la llevaron a Buenos Aires por 50 pesos en una carreta de bueyes de Félix Juárez.

El virreinato del Río de la Plata había conocido la imprenta con anterioridad a la histórica «oficina» montada por los Jesuitas en Córdoba. Comprendía por entonces, entre otros territorios, el que hoy constituye la pequeña República del Paraguay. Allí fue donde la Orden instaló la primera imprenta en 1705 (?). El virreinato de México poseía ya el extraordinario invento desde 1599; el del Perú,

desde 1584, y Guatemala, desde 1660, y todos esos talleres habían sido importados por los Jesuitas. El inmenso dominio del Río de la Plata fue, pues, el que más tarde gozó de las formidables ventajas del arte de imprimir.

El que fue ministro del Uruguay en España D. Benjamín Fernández y Medina (2), tan vinculado a nuestro país, cifra en 1780 el establecimiento de la «Imprenta de los Niños Expositos», cuyos restos guarda con religioso culto el Museo de Buenos Aires. De ese ilustre taller salió el mismo año de 1781 un folleto en cuarto titulado «Representación del Cabildo de la Ciudad de San Felipe de Montevideo».

Simpática figura la de este virrey del año 1780, Don Juan José Vertiz y Salcedo, protector de indios, impulsor de la ciudad y militar energético y sagaz, que, de seguro, no hubiera pasado por la vergüenza de caer en la ingenuidad de Sobremonte, uno de sus sucesores en 1806, que desguarneció Buenos Aires en previsión de un ataque inglés a Montevideo. Por fortuna, D. Santiago Liniers, francés de origen, al servicio de la Marina española desde 1775, organizó con pleno éxito la reconquista de la capital del virreinato, lo cual determinó una formidable reacción de Inglaterra, culminada por la ocupación de Montevideo en 1807. Ello animó a los británicos a bloquear y atacar la ciudad de Buenos Aires, defendida brillantemente con tesonero heroísmo por peninsulares y nativos. Destituido Sobremonte, fue designado Liniers para el cargo de virrey, en cuya situación le sorprendieron los sucesos del 2 de mayo en Madrid. («Aunque soy español he conservado los sentimientos de un verdadero francés»).

Las «Noticias» tenían cuatro páginas, y su tamaño era el corriente de las «Relaciones» y «Gazetas» de la época.

Aun registra el Sr. Lázaro otro periódico anterior al «Telégrafo»: el «Extracto de las Noticias recibidas de Europa por la Vía de Portugal» 1 de mayo de 1781, al que suponemos continuación de las «Noticias», y, como ellas, consagrado a mantener el espíritu de lucha contra los ingleses en aquellas lejanas tierras. Sin duda, este «Extracto», como su antecesor, pertenece a una misma serie, sin título fijo y sin orden en sus salidas, y lo orienta la misma saludable intención de buen gobierno. En él se da cuenta de la imposibilidad en que se encuentran los británicos para ensayar con éxito un ataque práctico contra Buenos Aires, aunque no oculta que ello constituye uno de sus más estudiados propósitos. El general Berresford fue, veinticinco años después, efímero gobernador inglés de Buenos Aires, desde junio hasta primeros de agosto de 1806, en que le hizo capitular Liniers; y Whitlock intentó la toma de la ciudad en julio de 1807, en que, derrotado también por Liniers, hubo de rendirse y evacuar todo el terreno conquistado en la banda oriental.

Se insiste en destacar la importancia que para la imprenta y la Prensa de ambas márgenes del Río tuvieron estas incidencias guerreras, porque alrededor de sus alternativas se sucedieron las publicaciones de diversa índole, fundadas y alentadas por españoles e ingleses.

Existía ya el «Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata», fundado en 1 de abril de 1801 por el extremeño D. Francisco Antonio Cabello y Mesa, coronel del regimiento provincial de Infantería de Aragón del Virreinato del Perú, que fue años antes redactor del «Mercurio Peruano». Tenía el «Telégrafo» 16 páginas de 180 por 116 mm.; aparecía semanalmente; su composición era a una columna y se editaba en la imprenta de A. Agustín de Garrigós, que, sin duda, era la misma que instituyera Vertiz con el nombre de «Niños Expositos», a juzgar por una advertencia que aparece en uno de sus números («Telégrafo Extraordinario» de 10 de septiembre de 1802), en la que dice que se suspende la publicación «por todo lo que queda de mes, poco más o menos», porque el único taller que existe con dos oficiales tiene que dedicarse a la urgente impresión de trabajos pertenecientes al Real Servicio. A partir del número 18 (29 de agosto de 1802), el editor advierte que el periódico saldrá los viernes «con uno y medio pliegos» (12 páginas), y «el otro medio pliego» (cuatro páginas), los domingos, pero con el título de «Telégrafo Extraordinario», y que sólo contendrá las entradas y salidas de barcos y «muchas noticias útiles y curiosas».

Consideramos, pues, al «Telégrafo» como el primero que se publicó con regularidad en el Río de la Plata, y, desde luego, el primero de Empresa. Era su corresponsal en Montevideo el poeta don José Prego de Oliver, que alternaba la líra con su cargo de administrador de la Aduana. El «Telégrafo» no tuvo vida larga. Duró poco más de dos años, y su director, Cabello y Mesa, se trasladó, en el año 1805, al otro lado del Río, a Montevideo, donde le sorprendieron los acontecimientos del siguiente año, al ser ocupada la ciudad por los ingleses. Descontento del trato del virrey Sobremonte, no tuvo inconveniente en caer en la insigne torpeza de ofrecer su pluma a los invasores, que publicaron inmediatamente «La Estrella del Sur» — «The Southern Star» —, con texto español e inglés. Lo redactaba en este idioma un mister Bradford, que utilizaba el seudónimo de «Veritas», y la parte española, que no era sino una traducción de lo escrito en la lengua de Shakespeare, estaba a cargo del cochabambino D. Manuel Aniceto Padilla y de dicho Cabello y Mesa. Ambos concluyeron trágicamente sus días. Al ser expulsados los ingleses, Padilla fue pasado por las armas en Chile, adonde había logrado huir después de penosas incidencias, y Cabello, trasladado a Sevilla, donde también fue fusilado.

«La Estrella del Sur» tuvo una vida corta y azarosa. El prospecto vió la luz en 9 de mayo de 1807, y su publicación cesó en 4 de julio del mismo año. La colección consta del citado prospecto, siete rica Asamblea de 1813, el Gobierno argentino ordenó una reimpresión de «El Redactor de la Asamblea», cuyo original, sin fecha fija de publicación, constaba de cuatro páginas de 259 por 159 mm., composición a dos columnas e impreso también en números ordinarios y uno extraordinario. Como es natural en un periódico de tal naturaleza, se desprestigiaba a España y

se enaltecían los méritos colonizadores de Inglaterra. Durante el breve tiempo que Montevideo permaneció en poder de los británicos, se editaban, en la imprenta por ellos instalada, panfletos insustanciales para nuestro país, que eran introducidos clandestinamente en Buenos Aires; hecho que llegó a alarmar a las autoridades, las cuales prohibieron, bajo penas severas, su lectura, conservación y difusión.

No es cierto que los ingleses dejaran en Montevideo sus prensas y tipos de letra. Fieles mantenedores de sus costumbres, se lo llevaron todo al abandonar el territorio. Es, pues, difícil que, según se ha escrito, renovase su material la imprentilla de los «Niños Expositos» a costa de los británicos. A éstos se debe indudablemente el primer taller que existió en

TELEGRAFO MERCANTIL

RURAL, POLITICO-ECONOMICO, e HISTORIOGRAFICO del Rio de la Plata. Domingo 2 de Mayo de 1802.

Donde y como se hace la suscripción

El «Telégrafo Mercantil» se publica los viernes, con uno y medio pliegos, y los domingos, con el título de «Telégrafo Extraordinario», y que sólo contendrá las entradas y salidas de barcos y «muchas noticias útiles y curiosas».

T. M. C.

JUSTICIA, Y REGIMIENTO DE LA CIUDAD DE COR. del Rio de la Plata, en el día 1 de Mayo de 1802, por el Sr. D. José Prego de Oliver, que alternaba la líra con su cargo de administrador de la Aduana.

Con fecha trece de Febrero del corriente año se ha

Montevideo, pero como puede suponerse, no lo fundaron con propósitos filantrópicos o platónicos, sino con el fin de cultivar su causa. Buena prueba de ello es que desde 1807, que se marcharon, no hubo en la que hoy es capital uruguaya otra imprenta ni más Prensa hasta que, en el año 1810, la infanta Carlota regaló al Cabildo una muy completa que hizo llevar del Brasil, donde a la sazón hallábase con su esposo, príncipe de la Real Casa lusitana. Llamóse a dicha imprenta «De la Ciudad de Montevideo». Sus tipos eran mejores y más modernos que los que procedían del viejo Colegio de Monserrat, de Córdoba del Tucumán, se utilizaban en la «oficina» de los Niños Expositos. Al hacer ofrenda de la imprenta, la infanta dijo: «Yo os la regalo para que uséis de ella con el decoro y prudencia que os caracterizan». El Cabildo decidió que se publicasen semanalmente «gacetas» con noticias importantes y que se vendieran a un precio moderado, ofreciendo, al propio tiempo, albergue para su instalación. El prospecto se publicó el 8 de octubre de 1810, y el primer número, el día 13. Su tamaño era un cuarto, y ostentaba el escudo de armas de la ciudad de Montevideo, con las cuatro banderas inglesas abatidas, apesadas en la reconquista de Buenos Aires. Se publicaron, entre ordinarias y extraordinarias, unos ciento cincuenta números, sin que variasen mucho su fisonomía y su contenido con relación a las primeras «Noticias» bonaerenses.

Mientras tanto, en la capital del Virreinato se había publicado en 1 de septiembre de 1802 el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio», que vivió hasta 1 de agosto de 1804. Estaba impreso en el establecimiento de los Niños Expositos. Hemos visto una reimpresión magnífica hecha por la Junta de Historia y Numismática Americana, que honra a quienes la proyectaron y realizaron. Con motivo del centenario de la historia por los Niños Expositos. Dicha reimpresión está, asimismo, hecha por la Junta de Historia y Numismática Americana, y compuesta en Buenos Aires por la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

(1) «Los Incunables bonaerenses». Buenos Aires, 1925. El autor califica de tales «los publicados en Buenos Aires entre 1780, en que el virrey Vertiz estableció la primera imprenta, y 1807, en que termina el siglo». El tope que marca el viejo mundo del año 1599 es para el Río de la Plata otro de 1800.

(2) «La Imprenta y la Prensa en el Tucumán» (1807-1809). Montevideo, 1904.

PAPELERIA
OBJETOS DE ESCRITORIO
ATINAS
TALLERES TIPOGRAFICOS
MATERIAL ESCOLAR • MENAJE DE OFICINAS
ESPOZ Y MINA, 15 - MADRID - TEL. TALLER: 34146